LOS HOMBRES de la historia

11

la Historia Universal
a través de
sus protagonistas

Hitler

Centro Editor de
América Latina


Jean-Claude Favez

Las generaciones futuras querrán comprender la increíble aventura de Hitler. La explicación no es fácil porque el análisis debe desenvolverse sobre niveles muy diferentes.

En primer término, tenemos el carácter del hombre: paranoico, con una personalidad profundamente compleja que solo parece encontrar coherencia interior en la voluntad de poder, es, con toda evidencia, un desclasado que supo aprovechar hábilmente los escrúpulos y contradicciones de sus adversarios. Más que un fanático o un iluminado, es un ser racional, calculador y comediante, cuya constante mezcla de cinismo y fraseología idealista, de valores irraciones puestos al servicio de cálculos oportunistas, obscurecido por tabúes, prejuicios e ignorancia, explica quizás la fascinación que ejerció sobre sus contemporáneos. ¿Hacia dónde tiende esta voluntad de poderío, desde el momento que no está al servicio de una ideología ni de una satisfacción personal? Es cierto que la feroz avidez de este arribista trasunta el egoismo más monstruoso, pero Hitler es más que nada un mito, el del Führer infalible y omnipotente, y si bien sabemos que esta imagen surge del hábil empleo de la propaganda, el hombre se identificó poco a poco con el mito del que se servía. Así, a partir de 1938, la lucidez lo abandonó e hizo presa de él la confusión entre el frío análisis de la realidad que le permitía gobernar y la figura del jefe con la que gobernaba.

La satisfacción de la sed de poderío hizo surgir en él una necesidad de dominio aún más grande y, lentamente, el equilibrio, quizás excepcional, de estas facultades contradictorias, se despedazó.

Sin embargo, Hitler no es todo el nazismo. Junto a él está el pueblo alemán, y se plantea el problema de su culpabilidad: culpabilidad que no puede limitarse a los grupos y hombres cuya responsabilidad directa es bien conocida. Pero tampoco puede olvidarse la complicidad extranjera: los ambientes financieros anglo-sajones; la alta burguesía francesa, inquieta ante la amenaza del frente popular; Stalin, que previendo la amenaza que representaba el nazismo, sacrificaba Alemania y la revolución para consolidar la defensas de la URSS...

Hitler no aparece sólo como el mago de los sentimientos populares ni como el títere de grupos ocultos. Para que triunfase, fue necesario el encuentro de determinados elementos: por una parte, una personalidad vulgar pero dotada, que supo explotar el momento; por otra, una situación social e histórica propia de Alemania, una sociedad burguesa en crisis y una civilización profundamente dividida.

Todo ello posibilitó la experiencia nazi, que todavía hoy nos plantea no sólo un interrogante sobre nuestros valores políticos y económicos, sino que obliga a un reexamen inquietante sobre el sentido de nuestra civilización.

Adolf Hitler nació el 20 de abril de 1889 en Braunau, ciudad sobre el Inn; se suicidió en Berlín el 30 de abril de 1945.

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali Spa - Roma Milán

Director Responsable: Pasquale Buccomino

Director Editorial: Giorgio Savorelli

Redactores: Lisa Baruffi, Mirella Brini, Ido Martelli, Michele Pacifico, Fulvio Pontrelli

11. Hitler - El Mundo Contemporáneo

Este es el quinto fascículo del tomo El Mundo Contemporáneo. La lámina de la tapa pertenece a la sección El Mundo Contemporáneo, del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones de fascículo Nº 11.

SNARK International: p. 115 (1,4); p. 117 (3); p. 118 (2); p. 119 (3); p. 120 (2); p. 122 (4,5); p. 126 (1); p. 132 (4); p. 135 (1, 2, 3, 4,); p. 137 (13, 14, 15, 16, 17); p. 139 (3).

Keystone, París: p. 115 (2, 3); p. 119 (2); p. 120 (5); p. 122 (1, 2, 3, 6); p. 124 (1, 2, 3, 4, 5, 6,); p. 128 (1, 3, 4); p. 131 (5); p. 132 (1, 2, 3, 5,); p. 137 (1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 19, 20); p. 139 (1, 4).

Publifoto: p. 117 (1).

Ringart: p. 120 (1); p. 137 (11, 12, 18); p. 139 (2, 5).

Roger Viollet: p. 128 (2).

Bavaria Verlag: p. 131 (1).

De George Grosz (Deutschland über Alles **Editori Riuniti, Roma, 1963): p. 117 (2); p. 118 (1); p. 120 (3).**

Traducción de Carlos Altamirano

**Centro Editor de América Latina S. A.
Av. de Mayo 1365 - Buenos Aires**

Hecho el depósito de ley.

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Este fascículo, para el cual se utilizó papel Celcote ilustración de Celulosa Argentina S. A. se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A., Luca 2223, Buenos Aires, en agosto de 1968.

Hitler

Jean-Claude Favez

1889

20 de abril. Nace en Braunau, ciudad sobre el Inn en la frontera austro-bávara.

1913

Mayo. Después de 6 años de vagabundeo y miseria en Viena, Hitler se traslada a Munich.

1914-18

Toma parte en la guerra, en el ejército bávaro. Obtiene el grado de cabo y es condecorado con la cruz de hierro de 1ª clase.

1919

Setiembre. Oficial instructor, Hitler participa de una reunión del "Partido Obrero Alemán", del que se convierte en su propagandista.

1920

25 de febrero. Presenta, en una reunión, el programa de 25 puntos del movimiento, rebautizado "Partido nacional-socialista de los obreros alemanes" (NSDAP).

1923

8 de noviembre. Golpe de estado en Munich. Al día siguiente, la policía abre fuego sobre una manifestación nazi. Hitler es arrestado y su partido puesto fuera de la ley.

1924

2 de diciembre. Después de haber sido condenado a 5 años de cárcel, el Führer es liberado.
Durante su reclusión ha escrito *Mi Lucha.*

1928

Mayo. En las elecciones del Reichstag, los nazis obtienen 12 bancas sobre 491.

1930

4 de setiembre. El NSDAP obtiene 107 bancas en el Reichstag. (Parlamento).

1931

18 de setiembre. Muere Geli Raubal.

1932

1º de abril. Hitler, naturalizado alemán, obtiene 13,5 millones de votos en las elecciones presidenciales. Hindenburg es reelecto.

1933

30 de enero. Hitler es nombrado Canciller.
24 de marzo. Recibe plenos poderes por 4 años.

1934

30 de junio. Masacre de los jefes de la S.A. (división de asalto del NSDAP), en la "noche de los cuchillos largos".
2 de agosto. Muerte de Hindenburg. Hitler, Führer y Canciller del Reich.

1935

15 de setiembre. La ley de Nuremberg priva a los judíos de sus derechos y de la ciudadanía.

1937

5 de noviembre. Hitler precisa sus fines políticos a los oficiales superiores.

1938

4 de febrero. Asume el mando del ejército.

1939

9 de noviembre. Pogrom de la "noche de cristal".
1º de setiembre. Ataque alemán a Polonia; estalla la segunda guerra mundial.
9 de noviembre. Atentado contra Hitler, urdido por la Gestapo con fines de propaganda.

1942

20 de enero. Adopción de la "solución final" para el problema judío.

1943

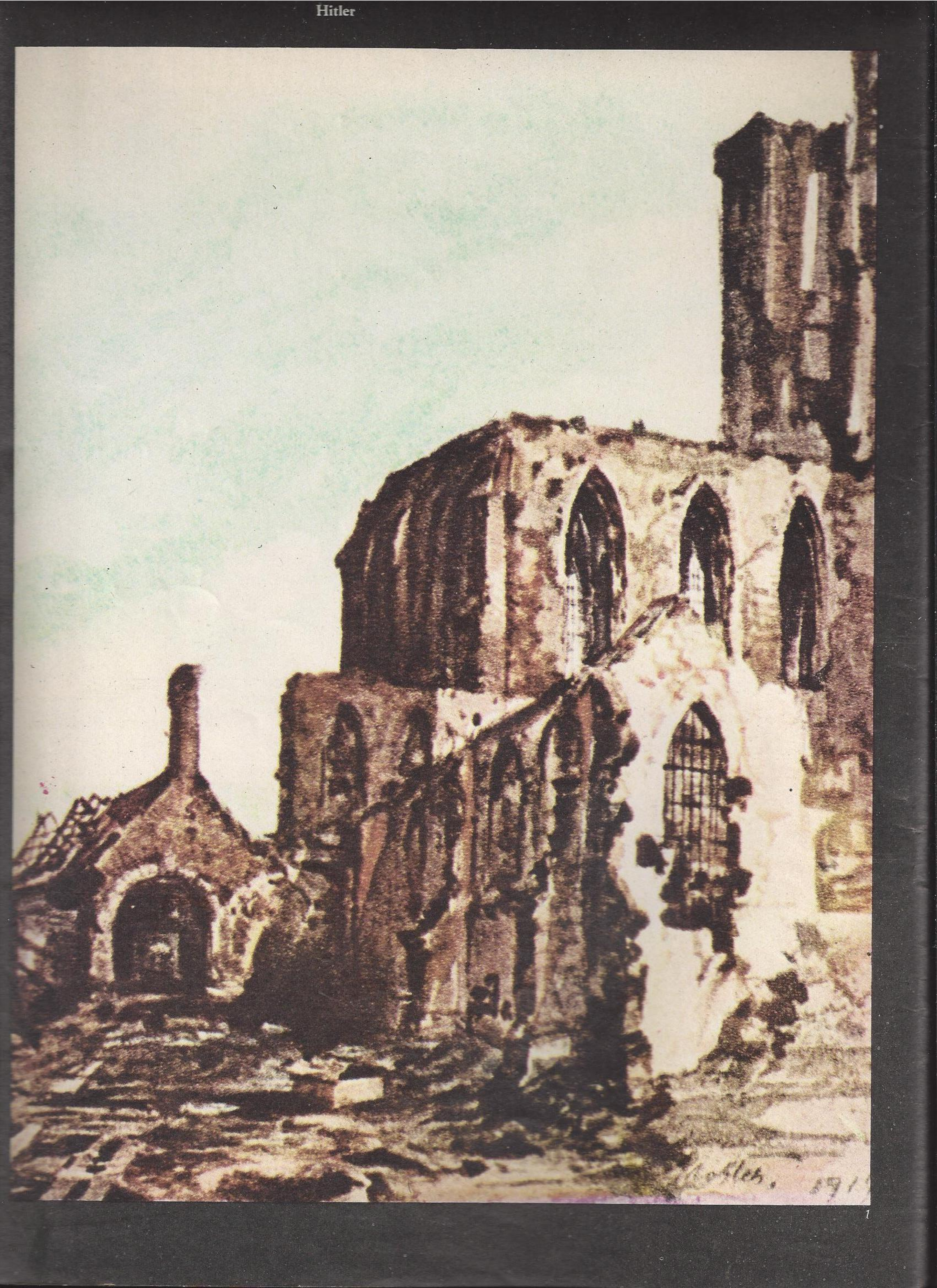
13 de marzo. Fracaso del atentado preparado por oficiales del frente ruso.

1944

20 de julio. Atentado contra el cuartel general en Rastenburg.

1945

30 de abril. Suicidio del Führer y de Eva Braun en el *bunker* de la cancillería.
8 de mayo. Capitulación incondicional de las fuerzas armadas del Reich.





2



3

Cuadro a la acuarela, ejecutado r Adolf Hitler durante el servicio ilitar (diciembre de 1914).

y 3. Los padres de Hitler.

Adolf Hitler, a los pocos meses de cer.



4

Los orígenes. La formación

Si en toda biografía la cuestión de los orígenes y de la formación merece un cuidadoso estudio, en este caso vale doblemente la pena. Toda la personalidad de Hitler —o más bien sus obsesiones— lleva la impronta de las experiencias de su juventud. Lamentablemente, es imposible conceder a su autobiografía espiritual, *Mi Lucha*, todo el crédito que el autor hubiera deseado ya que son numerosas sus inverosimilitudes y las coqueterías, propias de una reconsideración posterior. Y si consideramos lo reunido en los magros archivos y los recuerdos de aquellos que estuvieron (la mayoría de las veces fugazmente) al lado del joven Hitler, se comprenderá que grandes lapsos de este período permanezcan oscuros. Sin embargo, la lección de aquellos años se deja ver tempranamente en la personalidad del hombre que, en el tormentoso período que sigue a la derrota alemana surge imprevistamente de la sombra para tomar su puesto en la escena política bávara.

Adolf Hitler nace el 20 de abril de 1889 en Braunau, una pequeña ciudad de la frontera austro-bávara. No abordaremos aquí el problema tantas veces debatido de su ascendencia. Que haya habido o no algún judío entre sus antepasados es un hecho que, al fin de cuentas, carece de importancia. La familia, de origen campesino en sus dos ramas, proviene de Waldviertel, distrito rural y boscoso que se extiende entre el Danubio y las fronteras de Bohemia y Moravia. Región pobre, familia oscura y laboriosa cuyos matrimonios consanguíneos e hijos ilegítimos, parecen ser numerosos, como frecuentemente se verifica en ambientes similares.

Su padre, Alois Hitler, reconocido sólo tardíamente, ¿no ha llevado acaso por mucho tiempo el apellido materno, Schicklgruber? Hizo carrera modesta —pero respetable— en las administraciones reales e imperiales de aduanas, y se casó tres veces. De sus siete hijos —de los cuales uno era ilegítimo— solamente cuatro alcanzaron la mayoría de edad, Adolf fue el tercer hijo, nacido de su última mujer, prima tan cercana que para la realización del matrimonio fue necesaria una autorización canónica.

La infancia parece trivial —si trivial puede ser imaginar a Hitler, niño— entre un padre duro y pasional y una madre 23 años más joven que el marido, bondadosa y prematuramente envejecida. ¿Hubo realmente como nos cuenta *Mi Lucha*, un choque decisivo entre padre e hijo a raíz de la vocación artística de este último? En cualquier caso, los profesores de la Escuela Real que frecuentó en Linz, ciudad cerca de la cual se había establecido la familia después de la jubilación del padre, conservaron sólo un mezquino recuerdo —cuando no lo olvidaron por completo—, del alumno mediocre y turbulento. El vibrante homenaje que rinde el Führer en su autobiografía a un profesor de historia, Leopoldo Pötsch, pangermanista convencido, que le habría abierto los ojos sobre esta disciplina y le habría hecho conocer la grandeza germánica, sorprendió a todos, incluso al interesado.

Se podrían citar las anécdotas, las guerras entre niños en las que Adolf representaba siempre el papel del jefe vencedor, su arrogancia ante los castigos del padre cuyas borracheras produjeron en él, para el resto de su vida, una neta aversión al alcohol; sus éxitos en el dibujo y en gimnasia; el éxtasis durante la primera audición del Lohengrin de Wagner, su primer encuentro con una mística germana y neopagana. Pero dejaremos de lado estos detalles que sólo retrospectivamente adquieren verdadero significado.

Llega más tarde el tiempo de las decisiones: la muerte del padre, la tuberculosis, mal de familia que lo inmoviliza durante meses en el lecho, el desaliento escolar y el fracaso que nunca le permitirá obtener un certificado de estudios, el malestar económico que se crea en esta familia burguesa y, sobre todo, la decisión de partir a Viena para realizar su vocación artística inscribiéndose en la Academia de Bellas Artes, a pesar del cáncer que está consumiendo a su madre.

Esto, en octubre de 1907.

¡Viena! En la solemne y fastuosa dignidad de una de las monarquías más antiguas de Europa, un mundo y un imperio morían en medio del esplendor. A espaldas del Emperador, encarnación pétrea y vacía de un pasado glorioso que 55 años de desgracias y fracasos no habían logrado mellar, la aristocracia entre las molicies de su vida —y la élite intelectual, conciente de su propia muerte—, se consumían en la tentativa de prolongar indefinidamente el eco de sus fugaces y refinadas sensaciones.

Pero detrás de los círculos coloridos y turbulentos de ese mundo ya herido de muerte, bullían otros universos de rebelión; rebelión obrera y rebelión de las nacionalidades oprimidas por el dualismo austro-húngaro. De la Viena imperial, Hitler no conoció más que las marmóreas fachadas neoclásicas del Ring,* que por otra parte admiró mucho. Pero con toda la fuerza de su origen, detestaba ya el edificio carcomido y la vasta y desunida familia de los pueblos de los Habsburgo. No olvidemos que, al igual que la mayoría de sus futuros compañeros, Hitler es un alemán de los territorios limítrofes. Tiene que escuchar desde la infancia las maldiciones del padre o de los vecinos contra la monarquía imperial que abandonaba la raza alemana a la dominación húngara y se mostraba incapaz de resolver el problema de las minorías. Es un hecho que el sentimiento de frustración del elemento germánico —que se superaba lentamente después de haber dominado por siglos al imperio de los Habsburgo—, era

* Avenida circular. Para el origen de su nombre, véase fascículo Nº 7, p. 12 (nota).

muy vivo todavía a fines del siglo XIX. Eran muchos los austrogermanos que auspiciaban el aniquilamiento de la doble monarquía y la unión de las provincias alemanas al nuevo imperio de Bismarck. Hitler rumiaría, quizás, este resentimiento mientras vagaba por las calles de la capital, con el estómago vacío y el espíritu inflamado. En efecto, había sido reprobado en el examen de ingreso de la Academia de Bellas Artes, por dos años consecutivos, y no podía ser admitido en la facultad de Arquitectura por carecer de certificado de estudios. Inicia así un período oscuro; cinco años de vagabundeo y de decadencia física y social casi total, lejos de la familia y con su madre muerta. Después de seguirlo de los comedores populares a los albergues para vagabundos, de las tiendas de ropavejero a los asilos nocturnos, perdemos, a menudo, el rastro del joven Hitler.

Uno de sus compañeros de entonces, el vagabundo Reinhold Hanisch, nos lo describirá así: con un sobretodo negro, demasiado largo y deformado, que le había regalado un ocasional amigo judío, los cabellos sucios bajo el deteriorado sombrero, la barba que le invade el rostro afilado por la fiebre y en el que los únicos elementos vivos son los dos ojos inmensos y penetrantes. ¡Un verdadero fantasma del ghetto! Fuera de los raros subsidios que le enviaban sus parientes, no sabemos de qué vivía en ese entonces. En 1909 debió resignarse a trabajar en sociedad con Hanisch, quien trataba de vender los cuadritos pintados por el futuro dictador: paisajes vivientes y monumentos de la capital. Pero esta relación terminó en una terrible disputa —por cuestiones de monedas— que tuvo su epílogo en la comisaría del barrio.

De todo lo demás, tenemos pocas noticias ciertas: en aquellos tiempos leía mucho pero desordenadamente y emprendía, con sus compañeros de infortunio, airadas discusiones políticas que, a decir verdad, se reducían a largos monólogos sin interlocutores. Asombraba a sus oyentes por sus temas, su perentoriedad y su violencia.

En cuanto a su vida afectiva, se nos aparece desierta; sin duda, por falta de medios y de audacia, si bien se ha querido ver en el antisemitismo del Führer, así como en algunas desviaciones y perturbaciones suyas —en *Mi Lucha*, le dedica una disgresión larga y torpe a las enfermedades venéreas—, los síntomas de una sífilis progresiva contraída en Viena.

Se podría pensar que esta vida de miseria lo hubiese acercado más a los humildes y aumentado su sensibilidad ante los problemas sociales; en realidad, sucedió lo contrario. En medio de su total decadencia, Hitler se negó a dejarse llevar y a diferencia de la escoria humana que lo rodeaba, se defendió rechazando la decadencia moral.

Pequeño burgués a pesar de su vocación artística, Hitler conservaba —aun en el fondo de aquel abandono— los valores propios de su clase: orden y decoro; le faltaba sólo la disciplina que un carácter intolerante y una educación descuidada no le habían podido proporcionar.

De esta lucha por salvar la dignidad, al menos ante los propios ojos, habría extraído una visión darwiniana de la vida, a la que concebía como una lucha perpetua en la que triunfa el más fuerte y el más astuto. En 1928 recordaba a sus oyentes de Kulmbach que "no es precisamente gracias a los principios de humanidad que el hombre puede vivir o mantenerse por encima del mundo animal, sino únicamente por medio de la lucha más brutal. Si no lucháis por la vida, la vida jamás será vencida".

Desconfianza hacia todos y hacia todo. Desprecio por el adversario, vigilancia permanente, indiferencia en la elección de los medios. Así, en el silencio húmedo y sucio de los asilos nocturnos, el vagabundo Adolf Hitler adquiría los reflejos que le permitirían un día apoderarse del poder y conservarlo.

Este desclasado que conservaba las ambiciones de su clase estaba sin embargo, en contacto cotidiano con la miseria de las clases trabajadoras. Lo que provocaba su indignación no era tanto este espectáculo como las teorías de los que trataban de rebelarse negando los valores de la patria burguesa y del trabajo capitalista. ¿De dónde provenía el veneno marxista, destilado por la prensa socialdemócrata que veía circular a su alrededor? Uno de los días más felices de su vida fue aquel en que descubrió, detrás de las teorías marxistas, el rostro del judaísmo.

El antisemitismo es algo muy usual en Europa central, pero no parece que Hitler lo haya adquirido en el ambiente familiar. Fue en Viena, en ese crisol donde confluían todas las razas de Europa y todos los residuos de los ghettos eslavos, donde contrajo ese odio casi físico. Desde ese momento, para este apasionado de la política que odiaba la monarquía, para este tímido que tenía miedo a la vida sexual y detestaba la suciedad y la impureza, todo estaba claro. ¿Quién se ocultaba detrás del marxismo internacional y materialista, sino el judío? ¿Quién se enriquecía a expensas del pueblo y se robaba a las mujeres y a las jovencitas, sino el judío? ¿Quién minaba la supremacía de la raza alemana en el Imperio, sino el judío? El mito había nacido, o mejor, tenía un nuevo adepto y ¡qué adepto!

Fervoroso creyente de la desigualdad de los hombres y las razas en la lucha por la vida, Hitler seguía con pasión los debates del Parlamento, actitud bastante rara en ese ambiente de asociales. Y en esos hombres de la escena política encuentra los modelos que recordará siempre. El primero, es el burgomaestre de Viena, Karl Lueger, antisemita, fundador de un partido cristiano-social, que fue el primero en arrancar a los socialdemócratas el monopolio de la agitación de las masas y el arma de la propaganda. Hitler, aun criticando su antisemitismo exclusivamente religioso y su confianza en una posible renovación de la doble monarquía, siguió con atención la experiencia de este oportunista, gran administrador que había reunido a su alrededor a la clase media.

La multitud que acompañó el féretro de Karl Lueger, era una demostración de lo que él mismo había descubierto sin leer a Le Bon: que la multitud es femenina y la función de la propaganda es manejarla. El nacionalista pangermanista George von Schönerer —si queremos creer a Hitler en el brillante retrato comparativo de los dos hombres que traza en *Mi Lucha*— había captado mucho más claramente que Lueger la importancia del socialismo marxista que era necesario abatir, del antisemitismo basado en la fe racial y sobre todo, del nacionalismo.

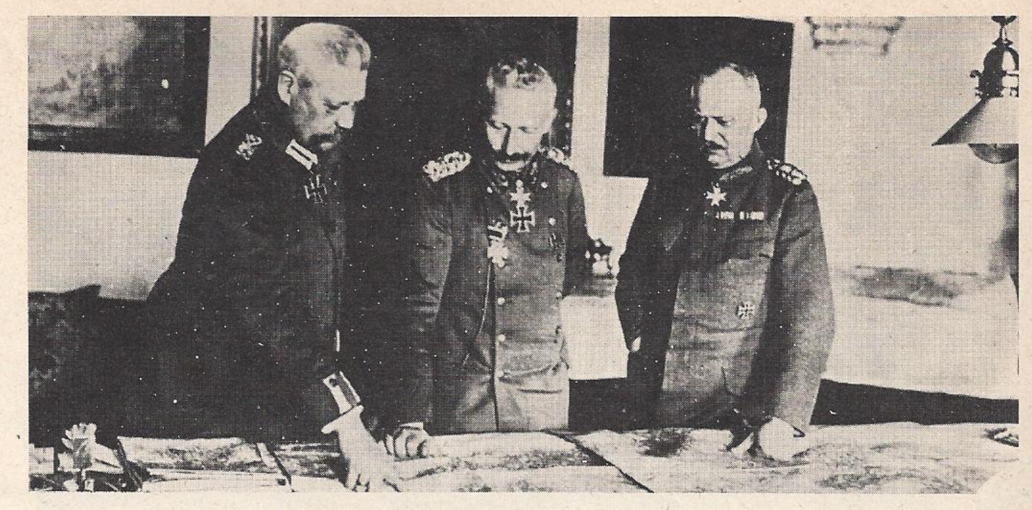
Reconciliar las dos corrientes, crear un gran movimiento cuyas bases fueran la acción social y nacional: esta era la visión del futuro que Lueger y Schönerer habían entrevisto y que ahora se abría ante el dictador. No era el único en haber hecho este descubrimiento. Quizás él mismo ya conocía el partido obrero alemán fundado en Bohemia y que recién había echado sus bases en Austria entre los obreros alemanes, para reaccionar ante la invasión de mano de obra eslava, más barata, y para defender el carácter germánico de las poblaciones marginales, amenazadas de sofocamiento. También es posible que en Viena o más tarde en Munich, haya tenido ante su vista el libro de Rudolf Jung, *El socialismo nacional*, publicado en 1912.

Se puede, por lo tanto, creer a Hitler cuando afirma que "es en este período en el que tomaron forma en mí, las perspectivas de mi acción. Desde entonces, he tenido poco que agregar y nada que cambiar. Viena fue y sigue siendo para mí la escuela más dura pero la más fructífera de mi vida". Se desconocen todavía la fecha precisa y las razones de la partida de Hitler a Munich, durante el mes de mayo de 1913; el motivo más verosímil, a pesar de su afirmación en contrario, parece ser el de haber tratado de eludir el servicio militar austríaco. Precaución, por otra parte, inútil, ya que al presentarse a comienzos de 1914, ante el Consejo de Revisión de Salzsburgo, fue considerado "no apto para el servicio" por malas condiciones de salud. Aunque más tarde él presentó su llegada a Munich como una verdadera revelación y mostró aquel período de su existencia en una ciudad realmente alemana, como uno de los más felices de su vida, no parece sin embargo, que allí haya conocido un bienestar mayor o encontrado más ocupación que en Viena. ¿Qué esperaba aún? Su carrera artística peligraba y sus posibilidades de éxito político eran más bien exiguas. Que-

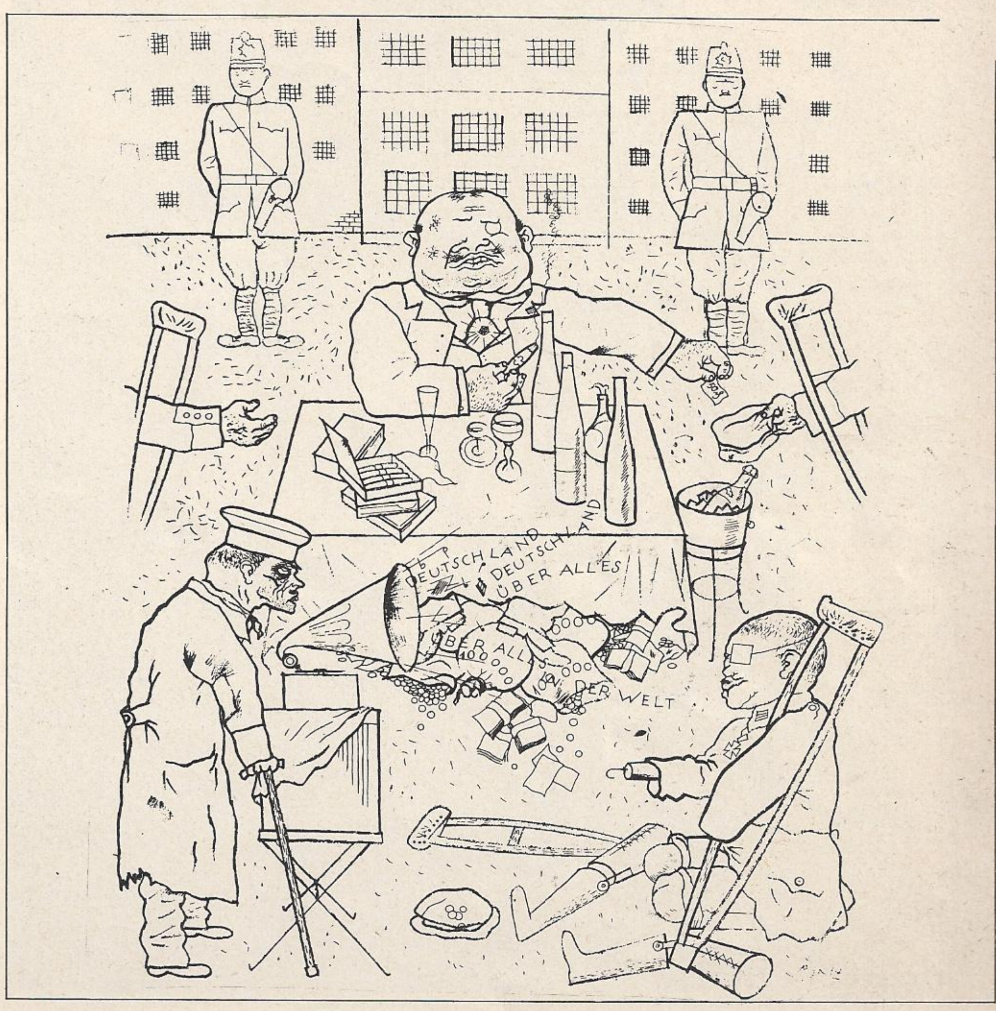
daba solamente la esperanza de un próximo derrumbe de los poderes tradicionales y de los detestados Habsburgo.

Por eso, el estallido de la guerra es para esta existencia vacía y desorientada como las noches junto al hogar que llenan todos los vacíos. "También para mí —escribe, y en este caso se le puede creer—, aquellas horas fueron como una liberación de las penosas impresiones de mi juventud. Tampoco me avergüenzo de decir hoy que, llevado por un entusiasmo irrefrenable, caí de rodillas para agradecer al cielo el haberme permitido la fortuna de poder vivir en una época así". Más tarde, el Führer se reconocerá en una fotografía, loco de alegría entre la multitud que aclama en Munich la declaración de la guerra el 1º de agosto de 1914. "Comenzó así para mí, como para todo alemán, el tiempo más sublime e inolvidable de mi existencia terrena. Frente a los acontecimientos de esta lucha gigantesca, el pasado se reducía a una insípida nulidad". Deseoso de participar en suceso tan grande, solicitó prestar servicio en el ejército de Baviera y fue enrolado como voluntario en un batallón de infantería de reserva. Sin amigos, sin familia y sin trabajo, Hitler fue durante cuatro años un soldado modelo, siempre listo, para el cual el ejército significaba familia, afectos y medios de vida. Durante toda la guerra tuvo el papel de estafeta. Con mucha valentía atravesó el infierno del frente occidental, ganando así el grado de cabo y si no ascendió más, no fue a causa de su histerismo, como sostienen algunos, sino porque era súbdito austríaco; se le otorgó además la cruz de hierro de 2ª y luego de 1ª categoría, galardón rara vez concedido a un militar de origen extranjero y de grado tan bajo.

Tomará sólo una licencia luego de ser herido en una pierna. Y, con sorpresa y cólera, comprobará entonces —en 1917— la creciente desmoralización del país, donde reinan la duda, la carestía y los negociados escandalosos. Pero en el frente, donde por lo menos todo es orden, disciplina y coraje, no puede dejar de juzgar severamente la impericia de los oficiales prusianos. Cuando tiempo después, los aliados reforzaron la ofensiva material con una gran campaña psicológica, el estado mayor de los Junker siguió ignorando y despreciando por mucho tiempo a los millones de hombres que luchaban, sufrían y morían a sus órdenes. Desde su humilde grado, el cabo Adolf Hitler, al que sus camaradas de armas juzgaban excéntrico y los oficiales demasiado diligente, apretaba los puños. ¡Si le confiasen el mando de la guerra! El sabría muy bien cómo hacer reinar el orden interno y responder a la propaganda aliada. Y en este punto no se equivocó: comprendió perfectamente que si Alemania terminó por sucumbir a fines de 1918 —por defectos humanos y materiales— fue porque ya antes había perdido la guerra espiritual. Enceguecido por los gases, en octubre de



1



2



3

1. *Los jefes del estado mayor del ejército imperial, Hindenburg y Ludendorff, junto al Kaiser Guillermo II.*

2. *La profunda crisis de Alemania derrotada, en un eficaz dibujo de George Grosz "Patriotismo" (1920).*

3. *Adolf Hitler, voluntario de guerra, en las trincheras.*

1918, Hitler fue evacuado a la línea de retaguardia y recuperará la vista sólo para ver la caída del Imperio y el fin del armisticio. Fue para él —como para todo el pueblo alemán, al que se le había ocultado la verdad hasta el último momento— un golpe terrible.
Naufragaban así el Imperio y la victoria por los cuales había luchado apasionadamente durante cuatro años.

El tiempo de la lucha

Es evidente que el fenómeno hitlerista no puede ser explicado totalmente por el carácter de un hombre: se trata también del drama de un pueblo, el drama de una civilización. Y este drama se inserta en el destino de la República Alemana que, proclamada el 9 de noviembre de 1918, dos días antes del armisticio que pone fin a la guerra, nunca podrá hacer olvidar que ha nacido de una derrota. La derecha y el ejército sabrán utilizar esta tara de origen para crear la leyenda de la "puñalada por la espalda" y la mentira de la traición interna, que habría obligado al frente a deponer las armas.
El hecho es que, el 9 de noviembre, un pueblo aplastado por la miseria, bruscamente despertado a la realidad, se libera de un golpe del régimen imperial que la casta militar —emanada de aquél— sacrifica para salvarse a sí misma. Por algunas horas en Berlín, donde se entrecruzaban camiones y manifestaciones que enarbolaban banderas rojas, se pudo creer en la revolución proletaria; pero hacerlo habría sido subestimar a los nuevos dirigentes de la república alemana, a los jefes socialdemócratas, líderes del socialismo reformista en Europa, que habían apoyado, entre otras cosas, el esfuerzo de la guerra. La tarde del 9 de noviembre el presidente del Consejo de los Comisarios del pueblo, Friedrich Ebert, llamaba por una línea secreta al Gran Cuartel General en Spa. A cambio del mantenimiento de la tradicional disciplina militar, exigía la ayuda del ejército imperial para establecer el orden legal, es decir, el orden burgués. En esta Alemania que, aquella tarde no contaba siquiera con diez republicanos concientes, nacía una república democrática, bajo el doble patronato del socialismo *chauvinista* y de los militares reaccionarios. El proceso a la República de Weimar, llamada así por el nombre de la ciudad en que se llevó a cabo la Asamblea Nacional Constituyente en la primavera de 1919, ha sido realizado muchas veces. Hoy sería más honesto admitir que, construída sobre semejantes fundamentos, enfrentada a difíciles problemas sociales y económicos, dotada de una constitución de principios elevados pero de realizaciones poco felices, paralizada por un régimen parlamentario y de partidos, aplastada por la herencia imperial, fue afortunada en poder resistir durante quince años.
A los nuevos dirigentes de la República

1

1. "Las columnas de la sociedad", cuadro de G. Grosz (1926).

2. Karl Liebknecht, el jefe del movimiento espartaquista, asesinado durante la represión reaccionaria de los motines de Berlín, en 1919.



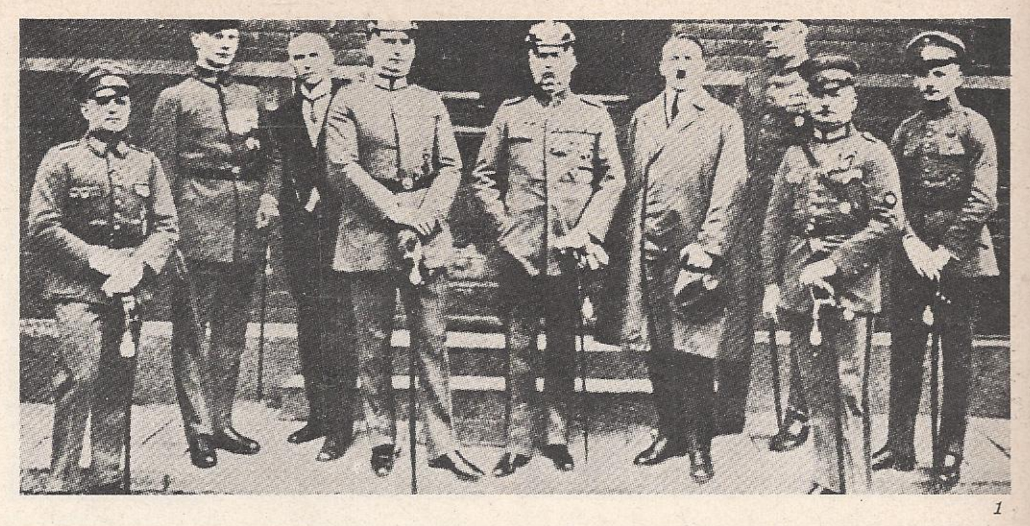
2

—socialistas y burgueses moderados—, se les planteaban tres grandes problemas: el primero, como hemos dicho, era el mantenimiento del orden. Y fue resuelto por la fuerza. En la primavera de 1919 era aplastada la revolución roja. La izquierda de las masas obreras se apartó —con indignación— de sus jefes tradicionales. El partido socialista perdió votos; menos de lo que se podía esperar, porque las defecciones se compensaron con el aporte de elementos de la pequeña y mediana burguesía que, animados por el patrioterismo de la izquierda moderada, reforzaron el reformismo del partido.

A pesar de todo, la derecha reaccionaria, la casta militar, los latifundistas del este, y los industriales del oeste, no se mostraron agradecidos con Ebert y sus compañeros por el patriotismo demostrado y atacaron furiosamente a la socialdemocracia. La inestabilidad política, la violencia de las luchas partidarias, la mala fe de la derecha, son características sobresalientes de la vida política alemana entre 1919 y 1933. Los dirigentes republicanos hicieron muy poco por defender su creación, La administración y la justicia permanecieron, en general, como feudos de la tradición del Kaiser. Más aún, se renunció a atacar las dos fortalezas del poder: la industria pesada y el ejército.

La primera, enriquecida con la guerra y aprovechando la inflación que, hasta 1923 arruinó a la clase media y golpeó duramente al proletariado, conquistó una posición que le permitió oponerse a la socialización prevista en 1919, transigir sobre modestas reformas sociales obtenidas por la seudo revolución y eludir sus propias responsabilidades en política exterior, en particular, en la cuestión de las reparaciones de guerra.

El ejército, reducido por los aliados a una pequeña formación de profesionales, supo escapar a las luchas de facción y al control democrático en nombre del patriotismo y, bajo el manto del apoliticismo se convirtió en el punto de confluencia de las esperanzas reaccionarias y revanchistas. Toleró por lo tanto a la República y hasta la sostuvo, en 1923, contra los extremistas de izquierda y de derecha que buscaban derribarla. En efecto, para el general von Seeckt, genial reorganizador de la potencia militar alemana, la unidad del país, que se reflejaba en la unidad del ejército, y el mantenimiento del orden que la República garantizaba transitoriamente, constituían el objetivo inmediato, en la espera y preparación del momento de la revancha militar. Cualquier régimen orientado más a la derecha o hacia la izquierda habría desencadenado la guerra civil y complicado la situación diplomática del Reich. Von Seeckt, que no compartía la idea de que el ejército tuviese que asumir la tarea de sacar a la nación del lugar al cual el mismo ejército la había arrojado, no deseaba una dictadura militar



1



2



3

Etapas del ascenso de Hitler al poder

1. Hitler con Ludendorff y otros cómplices después del proceso por el fracasado putsch *de Munich.*

2. El desfile de los dirigentes nazis, durante la reunión nacional de NSDAP en Weimar en 1926.

3. Carteles de la última campaña electoral, antes de la dictadura.



1



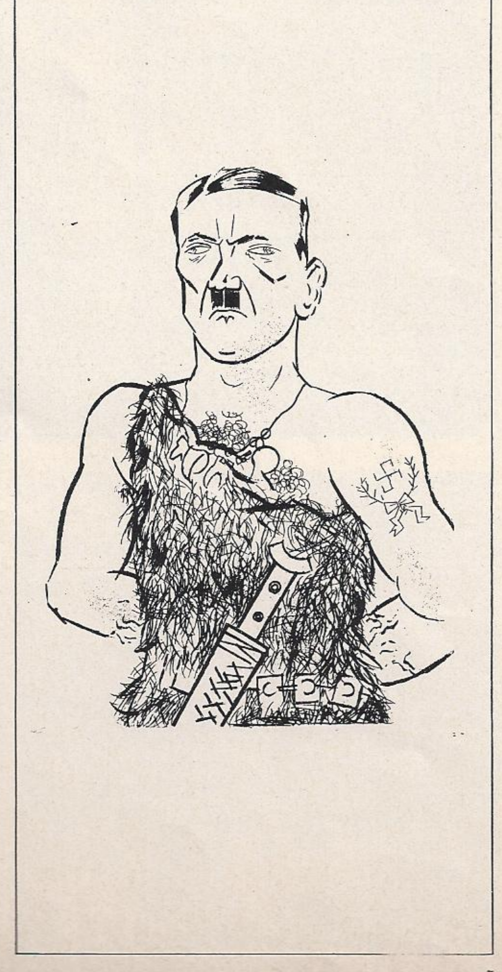
2



3



4



1. Algunos partidarios saludan a Adolf Hitler a la salida de la sede electoral en abril de 1932.

2. La parada militar de las SA en Weimar, durante la primera reunión reunión del NSDAP, julio de 1926.

3. Hitler, Canciller del Reich, participa con el presidente Hindenburg, en las celebraciones de la batalla de Tannemberg. Goering está con ellos.

4. Los restos de la Sala de Reuniones del Reich, después del incendio.

5. "Hitler, el salvador", dibujo de G. Grosz.

y se mostraba poco dispuesto a desgastarse en el peligroso juego de la política.

La república estaba suspendida en el vacío. Las masas populares la aceptaban apáticamente. Los grupos de presión eran tales que toda decisión importante del poder político debía ser negociada con los magnates de la economía privada y del ejército. El poder político, en un difícil compromiso entre el federalismo tradicional de Alemania y la necesidad de moderna centralización, era también débil frente a los estados que componían el Reich.

Pero, sobre todo, la república no supo imponer la paz. No fue por cierto la única responsable. Las masas europeas estaban ávidas de paz desde que se había firmado el armisticio, pero su nacionalismo gritaba venganza, exasperado por la propaganda mistificadora de la guerra.

Por la paz "justa", tal como la entendía el presidente Wilson, se tuvo el tratado de Versalles —un compromiso torpe porque se lo pretendió perpetuo— resultado de las ideas de pacificación a que se aspiraba y los apetitos desencadenados de los vencedores. Estados Unidos, inspiradora de los tratados, no los ratificó. La Sociedad de las Naciones, custodia de los acuerdos, no funcionó. La alianza franco-inglesa, piedra de toque de la victoria aliada, se relajó. En síntesis, después de cuatro años de furiosos cuerpo a cuerpo, los hombres descubrían que la paz no se logra por decreto. Después de la calma de las armas, la calma de los espíritus tardaba en volver y las instituciones de la Europa burguesa aparecían seriamente menoscabadas.

La República Alemana estaba condenada a vivir en el punto de fricción de dos malentendidos fundamentales. Democracia improvisada, nacida de una derrota y de una falsa revolución, suscitaba el odio de la derecha y de la extrema izquierda. Nuevo régimen que no hubiera debido pagar las culpas del viejo, tuvo que firmar, sin embargo, un tratado de paz que el pueblo —unánimemente— encontró inaceptable, ya sea por cuestiones de honor, ya porque no veía cumplidas las promesas de Wilson. Los verdaderos centros del poder del Reich buscaron eludir las obligaciones asumidas en Versalles y la República no estaba en condiciones, en caso de que lo quisiese, de exigir su cumplimiento. Los aliados, y particularmente Francia, responsabilizaban de este incumplimiento al gobierno de la República, y las sanciones que le impusieron no dieron otro resultado que el debilitamiento de la democracia para ventaja de sus enemigos internos aparte de contribuir a desacreditar a esta última, aún más, a los ojos de las masas populares. ¡Una extraña Alemania es este Reich de los años veinte! La inflación galopante proletariza y espanta a los pequeños propietarios mientras enriquece a los grandes. Trabajo y disciplina son de nuevo las consignas de una clase obrera que ha encontrado sus

pastores de siempre y que ya no parece alimentar los grandes sueños de un porvenir radiante. Con la misma seriedad y la misma aplicación conque respetaba el orden moral anterior, toda la sociedad alemana se abandona ahora a los placeres fáciles y al frenesí de vivir. En el primer plano, algunos políticos —ponderados, simples y honestos—, se agitan en el vacío. Entre bastidores, los verdaderos amos, todavía prudentemente ocultos, dictan sus condiciones. Amos que se llaman Seeckt, Stinnes, Krupp y Thyssen. Esta Alemania enferma de resentimiento nacional pero ávida de paz, hambreada pero ávida de placer, que oscila entre el orden y la anarquía, entre el nihilismo y la sed de absoluto, sería la que, después de una breve y engañosa prosperidad, se dejaría seducir por Hitler. Para este último, como para millares de hombres —sobre todo de jóvenes sin preparación profesional, que durante cuatro años no habían aprendido otra cosa que matar y obedecer y que, dada la desocupación, no tenían ninguna probabilidad de encontrar trabajo en el momento de la desmovilización— el problema que la derrota imponía era, en primer término, el del pan cotidiano. Pero también regresaban llenos de odio por haber sido derrotados a pesar de su coraje, con el sentimiento de haber sido estafados y deseosos de encontrar a los culpables y castigarlos.

Formaban la generación del frente que, organizada en cuerpos irregulares, combatió por Alemania en 1919-1920, en Prusia Oriental, en los países Bálticos y en Alta Silesia, y que en el interior reprimió los levantamientos comunistas. Después de ser utilizados, fueron abandonados. Vigilados por el ejército aristocrático que temía su indisciplina plebeya, desaprobados por las autoridades civiles preocupadas por las reacciones aliadas, estos réprobos debieron encerrarse en sociedades más o menos secretas que realizaron, de 1919 a 1923, numerosos atentados políticos y racistas.

Uno después de otro, Erzberger, jefe del partido católico y firmante del armisticio, Scheidemann, dirigente socialista que proclamó la República, Walter Rathenau, judío y ministro de Relaciones Exteriores, fueron heridos o asesinados. Rechazando la derrota y la República, creían combatir por una Alemania pura, libre y fuerte, por un mítico Tercer Reich, en el que veían la encarnación de sus sueños de aventura, de poder, y su nihilismo.

Si bien Hitler forma parte de esta generación y sabrá más tarde servirse de ella con habilidad, es necesario aclarar que sólo comparte a medias las ilusiones y los mitos idealistas de la juventud de guerra. Sólo una cosa cuenta para él: la voluntad de poder. En el umbral de los treinta años, en esta Alemania bullente, desordenada y desesperada, todo es posible. Por otra parte, ¿qué puede perder? El único problema es el de los medios y éstos parecen imponerse por sí mismos, como nos refiere lacónicamente en *Mi Lucha*: "En cuanto a mí, decidí entregarme a la política". Si entonces vuelve a Munich, no es probablemente, sólo por el recuerdo de los años vividos allí en la preguerra o por fidelidad al ejército bávaro. La agitación política en ese sector del Reich es particularmente desordenada, y por lo tanto más atrayente para un aventurero. La revolución bávara había estallado antes que la de Berlín y tomó, bajo la dirección de Kurt Eisner una orientación más radical. Pero Eisner muere asesinado en febrero de 1919 y el nuevo gobierno socialdemócrata debió huir de Munich, donde se instauró la república. Fuerzas irregulares prusianas y bávaras retomaron más tarde el control de la ciudad y el péndulo volvió de la extrema izquerda a la extrema derecha; el terror blanco se desató y Baviera, católica, campesina y particularista fue hasta 1923, el refugio de la reacción y de los asesinos racistas. Las huellas del cabo Hitler se pierden en las confusas semanas de la primavera de 1919, sin que se sepa exactamente cuál fue su actitud durante el terror rojo primero y el terror blanco después. Lo volvemos a encontrar como oficial instructor en un regimiento de infantería. Su trabajo consiste en inmunizar a los soldados, mediante conferencias y discusiones, contra las tentaciones democráticas y socialistas.

Así, en el comienzo de la carrera política de Hitler, encontramos al ejército y no será ésta la última vez. En los años siguientes, el ejército protegerá —a veces con recelo—, a los nazis así como a las otras organizaciones llamadas nacionales, armadas y a menudo ilegales, que a sus ojos, constituían una reserva de fuerzas a la cual se podría recurrir en caso de conflicto. Hitler probablemente encontró la primera gran ocasión de su vida cuando fue enviado por sus superiores para indagar la posible utilización de una pequeña agrupación denominada "partido de los obreros alemanes". El 12 de setiembre asistió a una modesta reunión en una cervecería donde polemizó tan vivamente con un orador que proponía la separación de Baviera del Reich, que el presidente del partido, el obrero ferroviario Anton Drexler, le regaló un opúsculo suyo autografiado, *Mi desvelo político*. Seguramente, una vez en casa, Hitler a pesar de lo que pudiera decir más tarde, devoró el librito. Las ideas de este pequeño grupo eran muy simples y correspondían perfectamente a las suyas: la esperanza en un gran Reich que abarcase a la Austria alemana; solución del problema obrero con la creación de una comunidad nacional en la que, el trabajador, recuperado del veneno marxista, reencontraría a su patria, un pueblo sano, liberado de sus elementos corruptos y corruptores. Invitado algunos días más tarde a una reunión del comité, Hitler pudo comprobar la escasa importancia de este partido fundado en 1919. La reunión se llevó a cabo en la habitación posterior de una equívoca taberna, a la luz de una lámpara de gas que apenas funcionaba. Los cuatro participantes examinaron el balance del partido que ascendía a siete marcos y medio y respondieron a las tres cartas de la correspondencia. Pero esta oscuridad permitiría a Hitler un rápido ascenso: adhiere al comité como séptimo miembro, y algunos meses después, habiendo renunciado al ejército se convierte en el propagandista del movimiento. La lucha comenzaba. Hitler la conduce primero con las armas de la palabra y de la persuasión. Durante este comienzo oscuro y difícil en el que a menudo es necesario hablar delante de auditorios irónicos y escépticos, escribir personalmente las invitaciones, repartirlas, hacer economías al centavo, Hitler perfecciona sus dotes indiscutibles de orador, a pesar de la voz ruda y del acento desagradable. Es un maestro en la técnica de la propaganda, sobre la cual ya ha reflexionado mucho. Las páginas que le consagra en *Mi Lucha*, son brillantes y sus consejos constituyen el a-b-c del perfecto demagogo. La propaganda debe ser un medio y no un fin; ella exige que el orador se vuelva hacia las masas y hable su mismo lenguaje, extremadamente simple y claro, excluyendo la forma científica y las demostraciones sutiles. El discurso, por lo tanto, debe consistir en la simple repetición de unas pocas afirmaciones sumarias. No es necesario buscar la verdad, sino afirmarla; la repetición transformará las consignas en verdades evidentes. Sobre todo, el orador debe transmitir a su auditorio, con una fraseología violenta y fanática, con pasión, el fuego que lo devora. El mundo entero recuerda aún el histerismo que el Führer sabía desencadenar, en sí mismo antes que nada, para contagiarlo después a las masas alemanas a través del discurso, con el magnetismo que irradiaba su voz ronca y chillona, sus frases suspendidas y martillantes.

Ayudado de cerca por Goebbels, Hitler extenderá esta técnica a otros medios. Desde el principio impone la bandera con la cruz gamada —tomada prestada tal vez, de los movimientos nacional-socialistas de Bohemia—, cierta forma de saludo, el orden jerárquico, el culto del jefe, y los desfiles, a imitación de la izquierda. Y sobre todo, el uso de la fuerza, que hará realidad la violencia de las palabras. Los pocos hombres del servicio de orden, a comienzos de setiembre de 1921, pasan a la acción directa en las reuniones políticas del campo adversario. Reuniendo a los ex miembros de los cuerpos irregulares, este grupo de acción del partido se convierte, en octubre de 1921, en la SA (división de asalto).

Organizada militarmente, recibirá en 1923, como comandante en jefe, a un as de la aviación de la guerra, el capitán Hermann Goering.

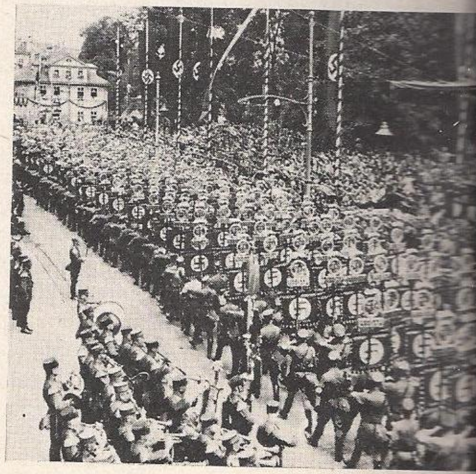
Poco importan por lo tanto, las ideas del partido, expuestas en forma de programa

en 25 puntos, en febrero de 1920. Tales ideas correspondían a las convicciones de los primeros fundadores del movimiento, que adopta por sugerencia de Hitler el nombre de partido nacional-socialista de los obreros alemanes (NSDAP). Nacionalismo pangermanista, antisemitismo, abolición de los tratados de paz, pero también anticapitalismo, defensa del pequeño comerciante y el artesano, vasta reforma agraria, lucha contra la especulación y el agio. Pero, para Hitler estas palabras tienen importancia sólo en la medida en que pueden arraigar en amplios estratos de la población. Para él, sediento de poder a cualquier precio, lo esencial es que cada uno encuentre en el nazismo lo que busca. El éxito tardó en llegar, pero las pocas decenas de oyentes del otoño de 1919, eran ya, un año después, varios miles que llenaban la sala más grande de Munich, —el circo Krone— para escuchar al tribuno que repetía incansablemente su odio a los tratados de paz, a los dirigentes de la República (que para él eran los "criminales de noviembre"), y a los judíos.

A comienzos del verano de 1921, Hitler fue invitado a hablar en los círculos nacionalistas de Berlín. Su ausencia provocó la primera crisis del partido. El oportunismo y la dictadura del propagandista que, cada vez más, considera al movimiento como propiedad suya y al partido "como el trampolín para sus fines inmorales" —para citar un libelo antihitlerista muy difundido entonces por los nazis— provocaron la reacción de los fundadores que trataron en vano de derribarlo. Vencedor, detenta el poder absoluto y se separa entonces, rápidamente, de los partidos nacional socialistas de Bohemia y de Austria. La ocupación del Rhur en 1923, por parte de Francia y Bélgica, el no cumplimiento de las reparaciones de guerra, con la fiebre nacionalista y el caos económico y financiero que ese hecho provoca, dan notable impulso al jefe nazi, confirmando sus previsiones catastróficas y sus incitaciones al odio. Se coloca así en el primer plano de la escena alemana. El ejército, que cree en una guerra con Francia, afirma aún más sus ligazones con las asociaciones paramilitares, incluída la SA, con las cuales estrecha relaciones el capitán Röhm. El partido pierde autonomía, mientras las decisiones militares se imponen en política. A Hitler no lo entusiasma esta situación, pero la debilidad de sus efectivos lo obliga a aceptar el apoyo y la tutela del ejército que, el 1º de mayo de 1923 por ejemplo, le impide atacar a las manifestaciones de izquierda. En setiembre, Alemania capitulaba, poniendo fin a la resistencia pasiva que se oponía hasta entonces a la ocupación del Rhur y de Renania. El caos de aquel momento fue tal que el presidente de la República decretó el estado de sitio, confiando al ejército la tarea de defender el orden republicano que este último despreciaba. Fiel al juramento, el ejército cumplió con su deber.

Pero las autoridades bávaras, monárquicas y autonomistas, querían aprovechar esta situación excepcional para torcerle el cuello a la democracia e instalar un gobierno reaccionario y militar que eliminara la influencia socialista, y reorganizara el Reich sobre bases más federales. A pesar del apoyo de la división bávara —que despedazaba así la unidad del ejército por la que von Seeckt había velado tan celosamente— el gobierno de Munich no osó atacar abiertamente a Berlín, donde entonces dominaba el Reichswehr (ejército alemán) y no ya la socialdemocracia. Durante aquel otoño, Hitler había seguido ansiosamente las intrigas entretejidas por los reaccionarios de toda Alemania, el ejército y Baviera. Apoyado por el ex jefe del estado mayor imperial, el general Ludendorff, cuyo prestigio era inmenso, trató de consolidar su poder en los ambientes nacionalistas de Munich. En el fondo, temía el triunfo de las tesis bávaras porque esto hubiera significado el desmembramiento de la nación: en efecto, el Reich que él soñaba dominar no podía ser más que unitario. Su único camino era atar su carro al del más fuerte y hacer triunfar la idea de la marcha sobre Berlín en ocasión de un golpe de mano bávaro sobre el Reich. De este modo la división militar local, apoyada por el Concejo bávaro, y el ejército del Reich, jugaban con fuego, mientras en el campo bávaro, los nazis y los elementos reaccionarios del gobierno creían cada uno, poder servirse del otro para lograr sus fines. Fue Hitler quien golpeó primero. Cansado de las vacilaciones de las autoridades de Munich, que no se atrevían a pasar el Rubicón, ni conseguían que von Seeckt lo atravesara primero, Hitler realizó, la tarde del 8 de noviembre, su propio golpe de estado. El término tal vez no sea totalmente exacto, por cuanto se trataba simplemente de lanzar a la acción a un cómplice, sobre el cual se podía después, abrir fuego. Interrumpiendo a von Kahr, el dictador bávaro que esa tarde daba una conferencia en la cervecería de Bürgerbräu, Hitler en el curso de un diálogo melodramático, lo obliga a proclamar con él y Ludendorff, la revolución nacional, la movilización general y la marcha sobre Berlín. En la sala llena de humo, presidida por la SA en actitud de guerra, tres mil personas aparentemente entusiastas, entonaron entonces el "Deutschland ueber alles" (Primero, Alemania) convencidas de que, como Hitler les había dicho, al día siguiente se verían caer las cabezas de los criminales de noviembre y sonaría la hora de la venganza alemana. Pero el golpe de mano fracasaría. Por la noche, mientras en Berlín, el gobierno aterrorizado confería plenos poderes al general von Seeckt, las autoridades bávaras, furiosas por haber sido comprometidas en esa aventura y ya en conocimiento de las medidas militares adoptadas por el jefe del





1. En Londres, en 1933, alguien ha tirado un frasco de tinta sobre el maniquí de Hitler expuesto en el Museo Tussaud: la opinión pública de los países democráticos no tenían dudas sobre el nuevo jefe de Alemania.

2. Los jefes nazis desfilan por las calles de Munich el 9 de noviembre de 1938, en el aniversario del putsch de 1923. La misma noche se desencadenaría en Alemania el primer gigantesco progrom antisemita.

3. 4 y 5. Desfile de formaciones hitleristas en Weimar en 1936, al cumplirse diez años del primer congreso del NSDAP.

6. Hitler da la primera palada, para marcar la iniciación oficial de los trabajos de construcción de la primera autopista del Reich.

2



4



6



5

ejército, renegaron de sus cómplices de la Bürgerbräukeller. Los pocos miles de nazis, abandonados a sí mismos, eran absolutamente incapaces de luchar contra la autoridad del Estado. ¿Quería Hitler, después de todo, hacer uso de la fuerza? En una larga manifestación, destinada quizás a ganar para sí a la población de Munich, los hitleristas atravesaron la ciudad en la mañana del 9 de noviembre.

Pero en el momento en que la manifestación desembocaba en la Plaza Odeón, un cordón de policía abrió fuego, en respuesta quizás a un proyectil nazi. Las primeras filas, entre las cuales se encontraba Hitler, fueron segadas. De los compañeros de la primera hora que se encontraban con él, catorce no se levantarían más, mientras el Führer, con la espalda luxada por la caída pudo huir. Ludendorff, impasible, continuó marchando hacia el cordón policial, hasta casi chocar con él...

Dos días después el Führer era arrestado en su residencia, en la villa del editor y mecenas Putzi Hanhstägl. El partido nazi y el comunista fueron puestos fuera de la ley por orden de von Seeckt. Un fracaso por lo tanto, pero un fracaso que Hitler supo camuflar y explotar para quedar, de nuevo, bien parado: acusado de alta traición, logró utilizar hábilmente la tribuna que el proceso le ofrecía. Jugando sobre el equívoco que envolvía a los dirigentes bávaros tomó sobre sí la responsabilidad de los sucesos del 8 y del 9 de noviembre presentándolos, al mismo tiempo, como la consecuencia lógica de la política de los otros. De tal manera, condenarlo a él y a sus compañeros hubiera sido condenar también a los dirigentes bávaros. Lo mismo valía para las relaciones entre el ejército y las organizaciones paramilitares, o para los preparativos de rearme, argumentos que los acusados conocían demasiado bien como para no usarlos como magníficos medios de chantaje. En su defensa, Hitler evocó la cólera creciente de las multitudes que esperaban a un jefe, puesto para el cual, él se sentía destinado. Apeló además, para el juicio del tribunal bávaro, al de la Historia, el único que conocería su patriotismo y la pureza de sus intenciones. Por último se proclamó feliz de que hubiese sido la policía y no el ejército la que había abierto el fuego el 9 de noviembre. De esta manera, ni siquiera una gota de sangre separaba al partido de la poderosa Reichwehr. Tanto por convicción como por necesidad, el tribunal no podía hacer otra cosa que mostrarse clemente: Ludendorff fue absuelto y Hitler condenado a 5 años en la fortaleza de Landsberg, pena mínima que, por otra parte —como se le aseguró inmediatamente— sería reducida. El fiasco se podía entonces transformar en un día de gloria y convertirse en un gran episodio en la historia del movimiento. Constituyó también el punto de partida para toda una mística, la de los mártires del partido, cuyo


1

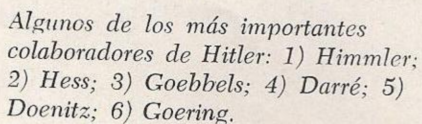

2


3


4


5


6


Algunos de los más importantes colaboradores de Hitler: 1) Himmler; 2) Hess; 3) Goebbels; 4) Darré; 5) Doenitz; 6) Goering.

recuerdo fue desde entonces piadosamente conmemorado. En la cárcel y mientras dictaba *Mi Lucha* a Rudolf Hess, Hitler asimiló la lección del pasado. Había fallado por haberse colocado en la ilegalidad y, lo que era más importante, por haber estado en contra del ejército. El partido, que en aquella jornada había demostrado sus cualidades revolucionarias habría debido tomar el poder con pleno respeto de la legalidad y en un todo de acuerdo con el ejército. Sobre estos dos puntos, Hitler ya no transigirá más.

•

El ascenso al poder

En diciembre de 1924, luego de apenas nueve meses de reclusión, Hitler fue puesto en libertad. Pero aparte de algunos fieles y algunos miles de partidarios que todavía creían en él, ahora estaba solo. El partido había sido disuelto y sus fragmentos, reconstituídos bajo diversos nombres, luchaban entre sí. Sin embargo, ni por un momento pensó en abandonar la política que era toda su vida. Recomenzar fue difícil, no obstante el entusiasmo que suscitó su primer mitin en febrero de 1925 en la Bürgerbräukeller. Era necesario reorganizar el partido y la SA, de la que él quería hacer un ejército político y no una organización paramilitar y el problema dejó de ser el de un armamento pesado. Pero dentro de la SA fue electo un pequeño grupo de élite, destinado a permanecer en torno al Führer, la SS (el cuerpo de protección). El partido se articuló en grupos locales reunidos en *Gau*, cuyos jefes, los *Gauleitier* fueron electos en un primer tiempo.

En realidad el movimiento no tuvo una organización clara y racional, como por otra parte no la tuvo después el estado nazi. Hitler multiplicaba los cargos y las organizaciones paralelas, mezclando sus competencias con el fin de que sus subordinados se volviesen los unos contra los otros. El personal también fue cambiando. Los hombres de la primera hora o se habían ido o habían muerto el 9 de noviembre. Ludendorff estaba disgustado... Goering, refugiado en el exterior, retornaría sólo con el favor de una amnistía. Para hacer funcionar al partido se recurrió a administradores competentes: Bouhler, Schwarz, Amann. Hess estaba siempre allí, fiel como un perro, mientras otros hombres ascendían: Ley, Darré y Himmler que, en 1929, tomó el comando de la SS.

Pero el control del movimiento amenazaba pasar a tres hombres nuevos. Gregor Strasser, que había dejado su farmacia en Lanshut para dedicarse a la política, junto a su hermano Otto, doctor en leyes. Los dos, inteligentes y activos, creían sinceramente en las ideas socialistas del nazismo y fundaron en 1925, junto a un joven doctor en filología de aguda inteligencia, José Goebbels, una nueva rama nord-occidental del movimiento. Gracias a ellos, el nazismo superaba finalmente los límites de Baviera para afrontar los problemas urbanos y sociales de la mayoría del pueblo alemán. La lucha entre las dos tendencias, el socialismo revolucionario de Strasser y el puro oportunismo conservador, se inició enseguida. Hitler no quería revoluciones que obligasen al ejército a intervenir en nombre del orden y temía que las ideas de reformas sociales ahuyentaran a los industriales que comenzaban a financiar el movimiento. Convocó entonces, bruscamente, un congreso de los dirigentes del partido en Bamberg. Goebbels, que incluso un día había tachado al Führer de pequeño burgués, abandonó la izquierda. Otto Strasser se exiló más tarde, pero Gregor se plegó. Para afirmar la propia autoridad, decidió nombrar personalmente los *Gauleitier* y creó un tribunal del partido para juzgar las disputas entre sus miembros. En los años sucesivos, el número de los adherentes crece lentamente. Goebbels, nombrado *Gauleitier* en Berlín, trabajó empeñosamente en la capital que era todavía izquierdista en gran parte. Se crearon organizaciones especiales para las mujeres, los estudiantes, los obreros. El partido, si bien era antiparlamentario, parecía querer entrar en el juego de la vida política.

Pero ni los desfiles, ni los millares de reuniones, en cuyo transcurso Hitler recorrió todo el Reich, podían enmascarar el hecho de que la República se estaba afirmando, al menos, en el plano diplomático. En 1925, Alemania firmaba el pacto de Locarno y el Rhur era evacuado. Al año siguiente entraba en la Sociedad de las Naciones y en 1929, el total de los daños de guerra fue sometido a revisión. En las elecciones del Reichstag de 1928, el partido nazi obtenía 809.000 votos y 12 asientos, o sea cerca de 100.000 electores menos que en 1924. A pesar de ello, las bases de la Alemania democrática eran todavía frágiles y limitadas. La vida política, reducida a una serie de mezquinas luchas, no interesaba al país y la prosperidad inaudita que había sucedido bruscamente a la miseria de la inflación se ligaba esencialmente con la afluencia de dólares. Colonizado económicamente por los Estados Unidos, el Reich acusó duramente la crisis económica de octubre de 1929, al mismo tiempo que Stresemann —el más grande estadista de la República—, moría repentinamente en Berlín, después de haber obtenido la evacuación anticipada de la Renania y una nueva reglamentación de las reparaciones de guerra.

En ocasión de la ratificación de esta reglamentación —el plan Young—, los nazis, aliados de la derecha reaccionaria, desencadenaron una gran campaña que, si bien no tuvo un éxito total, contribuyó mucho a la difusión del hitlerismo. Será más bien la crisis económica la que significará para el movimiento un giro decisivo. Todavía en 1928 Hitler admitía que deberían pasar decenas de años antes de que se lograran éxitos. A fines de 1929 el partido ya había triplicado sus efectivos y la SA contaba con 100.000 hombres, es decir, un número igual al del ejército regular. Detrás del embate de la miseria, el nazismo avanzaba abiertamente.

Por otra parte, la cantidad de desocupados crecía con el mismo ritmo. En ese momento la SA, gracias a su casa de socorros y a sus comedores, ofrece un refugio para los hambrientos. De tal forma, se acrecientan continuamente los efectos del ejército político hasta llegar a contar, en 1933, con 300.000 hombres. El mantenimiento de una tropa semejante y la organización cada vez más numerosa del partido, sin contar los gastos eventuales y los despilfarros, significaban un monto sumamente elevado. La cuestión financiera se torna acuciante y su solución, en un período de crisis general, dependía más de los grandes subvencionistas que de las cuotas, de las entradas o de las colectas en las reuniones. Entre los donantes, encontramos naturalmente a los mecenas, alemanes y también extranjeros como sir Deterding, que financiaba todo lo que combatiese el bolcheviquismo.

Pero la participación de los industriales aumentó sobre todo, cuando la miseria hizo vislumbrar el espectro de la revolución social. ¿Se podría afirmar, por lo tanto, que Hitler fue sólo el testaferro de la industria pesada? Esta reconfortante imagen es, sin embargo, falsa. El problema nazi no es tan simple y la parte de responsabilidad de los industriales en el advenimiento de Hitler al poder, no fue mayor que la dey ejército o la de las masas burguesas sobre los cuales se abatía nuevamente el hambre y el temor —muy grande— a la proletarización.

En setiembre de 1930 el Reichstag, disuelto antes de tiempo, es reconstituido. Estos días signan el destino de la democracia alemana: con 107 mandatos (más de 6 millones de votos) los nazis se convierten de golpe en el segundo partido del país, superados en poco por los socialdemócratas y seguidos por los comunistas. Tal incremento de los partidos de extrema derecha y extrema izquierda volvía ingobernable la república democrática. En medio de la miseria creciente, Alemania se preparaba para aquellos tiempos de violencia que asombrarían a un mundo ya bastante convulsionado.

Sin embargo, en los años decisivos que siguieron, en vano buscaremos en Hitler un comportamiento coherente, una visión global de la crisis y de las soluciones necesarias. Entre una SA que espera atraer hacia el nazismo a los oficiales jóvenes cansados del forzado apoliticismo y las jamás extinguidas esperanzas de la izquierda, ya que Strasser, que continúa siendo la mejor cabeza, dirige siempre la organización política del partido, Hitler se mueve hábilmente, sin buscar ni siquiera la sombra de una ideología, fuera del vago programa de 1920 y confesando no haber terminado de leer //

BEKANNTMACHUNG

Am Tage nach dem Verbrechen in Nantes, in den Abendstunden des 21. 10. 1941, haben feige Moerder, Soeldner Englands und Moskaus, einen deutschen Wehrmachtbeamten in Bordeaux hinterruecks niedergeschossen.

Die Taeter sind entkommen. Auch die Taeter von Nantes sind noch nicht in meiner Hand.

Zur Suehne des neuen Verbrechens habe ich wiederum zunaechst die Erschiessung von 50 Geiseln angeordnet.

Falls die Taeter nicht bis zum Ablauf des 26. Oktober 1941 ergriffen sind, werden weitere 50 Geiseln erschossen werden.

Fuer diejenigen Landeseinwohner, die zur Ermittlung der Taeter beitragen, setze ich eine Belohnung im Gesamtbetrag von

15 MILLIONEN FRANKEN

aus.

Zweckdienliche Mitteilungen, die auf Wunsch vertraulich behandelt werden, nimmt jede deutsche oder franzoesische Polizeidienststelle entgegen.

Paris, den 23. Oktober 1941.

Der Militärbefehlshaber in Frankreich
von STÜLPNAGEL
General der Infanterie.

AVIS

Au crépuscule du 21 Octobre 1941, un jour après le crime qui vient d'être commis à Nantes, de lâches assassins à la solde de l'Angleterre et de Moscou ont tué, à coups de feu tirés traitreusement, un officier de l'Administration militaire allemande à Bordeaux.

Les assassins ont réussi à prendre la fuite. Les meurtriers de Nantes non plus ne sont pas encore entre mes mains.

Comme première mesure de représailles du nouveau crime j'ai ordonné une fois de plus de fusiller cinquante otages.

Si les meurtriers ne seraient pas saisis d'ici le 26 Octobre 1941 à minuit, 50 autres otages seront exécutés.

J'offre une récompense d'une somme totale de

15 MILLIONS DE FRANCS

aux habitants de la France qui contribueront à découvrir les coupables.

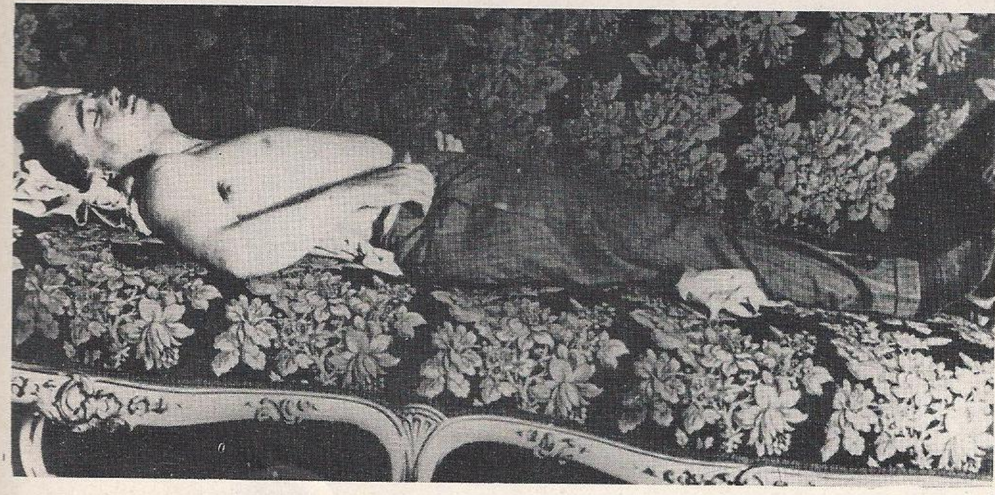
Toutes informations utiles pourront être déposées à n'importe quel service de police allemand ou français. Sur demande, ces informations seront gardées confidentielles.

Paris, le 23 Octobre 1941.

Der Militärbefehlshaber in Frankreich
von STÜLPNAGEL
General der Infanterie.



1



2



3



4

En las páginas anteriores:

El manifiesto con el que el comandante militar alemán en Francia anunciaba la represalia por la muerte de un oficial en Nantes.

1. La conferencia de Munich, entre Chamberlain, Daladier, Mussolini e Hitler.

2. El cadáver de Dollfus, recostado sobre un diván en la cancillería de Viena, inmediatamente después del golpe de mano nazi.

3. El encuentro de Hitler con Franco en la Francia invadida (octubre de 1940).

4. Manifiesto difundido en Berlín para anunciar los festejos en honor de Mussolini, hospedado por Hitler en 1937.

el famoso *Mito del siglo XX* de Alfred Rosemberg —uno de sus más antiguos colaboradores— que proponía la doctrina de la nueva raza.

En su deseo de apoderarse del poder, Hitler utiliza todos los recursos. Par una parte, granjearse la buena voluntad del ejército y de los grandes capitalistas, y por otra, seducir a las masas populares con un programa revolucionario que luego se cuidaría muy bien de poner en práctica. Juego difícil, complicado por las rivalidades internas de los jefes nazis, que el Führer no trata de aplacar. En diversas ocasiones la SA, que acoge en sus filas a la escoria del pueblo, pero también a elementos impulsados por la necesidad y la desesperación, amenaza amotinarse contra el partido que se está aburguesando.

Esta indecisión corresponde muy poco a la imagen que los fanáticos tienen de Hitler. Incurablemente asocial, no es un hombre de orden ni tiene coraje moral, aunque éstas sean palabras que recorren a menudo sus discursos. Hitler es, sobre todo, un ser contradictorio, activo y perezoso, cruel y sentimental, realista y soñador, intuitivo y racional. El único centro de gravedad de esta personalidad desdibujada, incoherente, es la voluntad de poder de la que el antisemitismo podría ser una expresión. Su vida privada sigue siendo descolorida aunque se rodee de bellas mujeres y frecuente los salones aristocráticos. Aparte de su pasión por los automóviles y el gusto por los cafés de Munich, donde se reúne con sus compañeros, ¿cuál es su preocupación en este período? No parece que la suerte de Alemania estuviese en la cima de sus pensamientos.

En 1929, Hitler hospeda en el bello departamento que para entonces posee en Munich, a una prima lejana, la graciosa Geli Raubal. Su inexplicable suicidio al año siguiente, destrozó, según sus amigos, una parte de la personalidad de Hitler.

Pero, cualquiera fuera el hombre Hitler, la propaganda había forjado un mito: el Führer. Bajo la lluvia o a pleno sol, millares de personas exaltadas por charangas y estandartes, aguardan horas para poder verlo o escucharlo. Al atardecer, cuando la espera ha debilitado las conciencias, aparece. Desciende de un avión en el que sobrevoló el Reich o bien de un potente automóvil y surge de improviso como un dios, a la luz cruda de los reflectores y a la claridad de las antorchas. El rostro es tenso e impenetrable. Lo que él dice ahora, ya lo han escuchado muchísimas veces. Pero la voz ronca que atraviesa el micrófono, estos micrófonos que —como lo admitirá un día— le han dado el poder, repite una liturgia que está dirigida a persuadir; pero el público está ya persuadido, condicionado y poseído.

El triunfo del irracionalismo

Es imposible deducir de las ideas expresa-

das en ese tiempo por el Führer una visión política y económica coherente. Con excepción de la política exterior, donde las ideas y las argumentaciones fueron expuestas con mayor claridad, Hitler presenta a cada uno un aspecto diferente, adivina genialmente lo que su interlocutor quiere escuchar y encuentra el tono y la palabra justa para expresarlo. Pero, más allá de su antisemitismo y de la fe en su misión patriótica y vengadora, Hitler no sabe nada o, por lo menos, no dice nada sobre la forma del futuro estado nazi, sobre su organización social y económica. Su fuerza radica justamente en esta ambigüedad que le permite captar y explotar cualquier situación. No ofrece un programa de soluciones, como los comunistas por ejemplo: pide el poder porque su sola presencia como jefe de Estado será la solución. Es el triunfo de lo irracional junto al triunfo del hambre y la miseria que destruye los valores y mata las conciencias.

La crisis se agrava día a día. En noviembre de 1930 había ya 3,5 millones de desocupados que se convertirían en 4,8 en enero de 1931, 5,6 a fin de ese año y más de 6 millones al comienzo de 1933. Los partidos democráticos se vieron envueltos en la tempestad. Los hombres de negocio, aterrorizados, incitaban al gobierno a actuar contra el bolcheviquismo. Pero el gabinete Brüning, que ya no tenía la mayoría y gobernaba con decretos-leyes, apoyado por el ejército y por el presidente, confiaba superar la crisis con una política estrictamente deflacionista, dirigida a amenguar la desocupación. Tampoco tuvo éxito en política exterior. El proyecto de unión aduanera con Austria debió ser abandonado por las presiones de Francia y esta humillación provocó un vivo resentimiento en los dos países.

La tempestad que golpea al Reich se exaspera aún más por la ola de violencias que agita a la vida política. Se ha declarado la guerra entre los tres ejércitos de partido, el nazi, el comunista y el socialista (este último muy exiguo) y entre los dos primeros y la policía. Todos los domingos tienen sus listas de muertos y de heridos. En las grandes ciudades se apalea, se fusila, se masacra . . . Hitler esperaba prudentemente y así se mantiene hasta el fin, fiel —al menos aparentemente— a la táctica de respeto a la legalidad. En efecto, existía una fueza de reserva que todos los partidos hubieran deseado conquistar: el ejército. Éste, entre las izquierdas y la derecha, no desesperaba de salvar a Alemania por su cuenta. Los planes del general von Schleicher, cerebro político de la Reichwehr y eje de la siniestra comedia en curso, consistían en contener la oleada nazi y servirse de esta fuerza, encuadrada dentro del orden, para gloria de un gran ejército y de un gran Reich. Esperanzas peligrosas, compartidas también por los grupos de la gran burguesía y por los hombres de la revolución conservadora que, entre Brüning —el hombre de la democracia—, y el nazismo, preferían una Alemania nacionalista, cristiana y corporativa. Los grandes industriales, temerosos de las izquierdas, se volvieron hacia los nazis esperando poder utilizarlos. Las masas populares y pequeño burguesas oscilaban desesperadamente entre la extrema izquierda y la extrema derecha. Los partidos democráticos no pudieron dominar sus disputas, mientras la Internacional continuaba creyendo que el enemigo principal eran los socialdemócratas traidores. Así, entre los grupos antagónicos y su trasfondo de violencias, miseria y desocupación, se desarrolló un juego cerrado, sutil y desordenado, que socavaba a la República Alemana.

El ejército y los círculos conservadores, con la esperanza del servirse del nazismo, dudaban entre la alianza y la guerra . Para la primera, era necesaria la adhesión del presidente de la República, el viejo mariscal Hindenburg, monárquico y reaccionario, cuyas facultades declinaban rápidamente. E Hindenburg, con todo su orgullo de junker prusiano despreciaba al cabo vagabundo que trataba de forzar las puertas de la cancillería, tanto más que, en abril de 1932, Hitler no había osado presentarse contra él en las elecciones presidenciales y, apenas naturalizado alemán, para obedecer a la ley, había obtenido 13,5 millones de sufragios contra los 19 de su vencedor. ¿Luchar, por lo tanto, contra el nazismo? Cuando el gobierno de Brüning prohibió en abril de 1932 las organizaciones paramilitares, la SA se sometió o al menos se camufló. Pero Schleicher obtuvo poco después el alejamiento de Brüning. En realidad, temía que una posible alianza de los extremistas de derecha e izquierda se apoderase del estado. Pero esta intervención directa del Ejército en la política marcó el fin de la República democrática en Alemania. La idea de Schleicher era ofrecer a los nazis una participación limitada en un nuevo gobierno reaccionario y sin mayoría, presidido por un gentilhombre católico, Franz von Papen. Pero Hitler fue demasiado exigente.

Sobrevino la ruptura y en el verano se realizan nuevas elecciones, caracterizadas por una violencia inaudita. Con 230 bancas el NSDAP se convierte en el primer partido del país y Goering se instala en el sillón de la presidencia de la Cámara. ¿Había llegado, como esperaba Hitler, el triunfo de las consultas electorales? En noviembre, sin embargo, con las nuevas elecciones, el partido pierde 34 bancas. A pesar de la ayuda de los industriales, las arcas están vacías. El cansancio comienza a pesar sobre el partido. ¿Se había corrido el riesgo de dejar pasar el momento oportuno, aquella culminación febril en la que el poder democrático se vería atrapado, vencido por sus propias armas? El líder socialista francés, Leon Blum lo creyó y profetizó en "El Popular", el jaque definitivo. Pero se sobreestimaba la obcecación antimarxista de algunos industriales y las intrigas maquiavélicas de jugadores como Papen o Schleicher. Creyendo poder hacer saltar al partido nazi, reuniendo al menos su ala izquierda en un gobierno fuerte, militar y de orientación social, Schleicher, que negociaba con Strasser, se hizo asignar la cancillería en reemplazo de Papen. Una vez más, el poder militar intervenía en la política. Pero Hitler retomó las riendas del partido, obligó a Strasser a presentar la renuncia y Papen, que quería vengarse de su ex aliado, se reunió con algunos banqueros e industriales en Colonia. El presidente Hindenburg se dejó convencer por su camarilla que le proponía incorporar a los nazis a un gabinete reaccionario donde estarían en minoría, lo que permitiría vigilarlos y calmarlos. El astuto Schleicher fue cazado en su propia trampa y el ejército se negó a salvarlo, permaneciendo neutral. Este gesto fue decisivo. El 30 de enero de 1933, el presidente de la República confiaba la tarea de formar un gabinete de derecha al nuevo canciller del Reich, Adolf Hitler.

Hitler jefe del estado

La tarde del 30 de enero, cuando se difunde por Europa la noticia de la formación del nuevo gabinete, el diario de Otto Strasser, refugiado en Praga, aparece con un título en gruesos caracteres: "Hitler y Goering: es la guerra". Sin embargo, los nazis tenían solamente tres ministerios en un gobierno esencialmente conservador, cuyo vicecanciller era von Papen. Hitler retenía la cancillería, Frick los asuntos interiores y Goering, ministro sin cartera, era comisario de la Aeronáutica y ministro del Interior de Prusia.

A la tarde siguiente, el nuevo canciller se dirige por radio al pueblo, trazando un programa de moderación y de buen sentido, hablando de restaurar la autoridad del Estado, la unidad del país y la economía de acuerdo con las ideas de la revolución conservadora. En cuanto a él, ¡qué podía importarle eso, ahora! Había llegado por fin al palacio de la Cancillería y, como había dicho a algunos íntimos en el momento de entrar: "ninguna potencia del mundo podrá sacarme vivo de aquí".

No imaginaba, por cierto, cuanta razón tenía. Había en ese momento 7 millones de desocupados; el estado estaba al borde de la bancarrota y el nuevo gobierno no tenía mayoría suficiente. Sin embargo, el partido celebró aquella noche su victoria con una alegre y numerosa procesión de antorchas, que soltaban anillos de fuego bajo la puerta de Brandeburgo. Hitler, desde una ventana de la Cancillería, saludaba radiante. Más allá, en otra ventana, el presidente, apoyado en su bastón, miraba sin hablar.

Las elecciones fueron la ocasión para una propaganda y presión nazi descarada, llevada a cabo con la ayuda de los grandes capitalistas y de los servicios oficiales. Pero los comunistas se mantenían firmes y res-

pondían golpe por golpe a sus rivales. ¿Buscaban realmente una sublevación general como los acusaban los nazis? Tal vez la Internacional, jugando con fuego, había elegido la solución del "cuanto peor, mejor": el triunfo de los hitleristas, que se creía provisorio, abriría el camino del poder al marxismo. Pero la tarde del 27 de febrero el Reichstag ardía en llamas. Para Hitler y Goebbels, que acudieron al lugar, el golpe no podía venir más que de la extrema izquierda. El incendio es todavía hoy un semimisterio, como también la personalidad del desequilibrado comunista holandés, arrestado en el lugar. De cualquier modo, el nazismo supo utilizar la sorpresa. Esa misma tarde se allanaban los locales del partido comunista y se arrestaba a cuatro mil personas. Se abolió la libertad de expresión y se instauró la pena de muerte para los atentados políticos. La Europa burguesa dio un respiro de alivio.

El noventa por ciento de los alemanes se volcó a las urnas para elegir lo que el Führer creía que sería el primer estado nazi. Sin embargo, aun con 288 mandatos, a los vencedores les faltaba cerca de cincuenta bancas para tener la mayoría absoluta y los socialistas conservaban 80 bancas contra 81 de los comunistas, impedidos de participar en las sesiones. Si Hitler había arribado al poder respetando relativamente las formas de la legalidad, su dictadura no recibía la consagración democrática. Los políticos habían cedido, las fuerzas armadas y los grupos del poder económico también, pero el pueblo, a pesar de su miseria y a pesar de las consignas nacionalistas, rechazaba hasta el final, en su gran mayoría, la elección de un hombre al que sólo las intrigas, las bellaquerías y los compromisos habían llevado al poder. Este hecho debe ser registrado en las actas de la culpabilidad popular.

El régimen fue inaugurado solemnemente con una ceremonia en la iglesia de la guarnición de Potsdam. La Alemania de Federico, militarista, simbolizada por el presidente con el uniforme de mariscal, el príncipe real de Prusia y los batallones de la Reichwer, se reconciliaba con el nuevo régimen pretoriano y demagógico, simbolizado por la SA con el brazo extendido. Dos días más tarde, el Reichstag —con excepción de los socialistas— votaban los plenos poderes por cuatro años. Esta ley fue el único texto fundamental del Tercer Reich, porque, por lo menos en teoría, nunca se abolió la Constitución de la República de Weimar.

Desde ese momento se podía empezar a poner las cosas en su lugar. A partir del 12 de marzo, la bandera con la cruz gamada y la bandera imperial, negra, rosa y blanca, se convirtieron en emblemas oficiales. Los estados alemanes, antes de integrarse totalmente en el estado nacional unificado, se transformaron en provincias, dirigidas por comisarios nombrados por el Presidente. Una vez centralizada la administración, se procedió a convertirla en aria.

Mientras Goebbels encabezaba un nuevo ministerio de Propaganda, Goering, patrón de Prusia, creaba una policía secreta del estado, la Gestapo. Por todas partes, los nazis, viejos y nuevos, se lanzaron a la matanza. Las SA fusilaban y liquidaban antiguas venganzas. Una a una, las viejas instituciones de la República desaparecían sin oponer resistencia, como atacadas de parálisis. El 2 de mayo se disolvieron los sindicatos sin que fuera posible organizar, a causa de la desocupación, una huelga general de protesta. Desaparecieron a su vez los partidos políticos, incluidos los nacional-alemanes que formaban parte del gobierno. Mientras las obras literarias que se juzgaban contrarias al espíritu germánico ardían en las plazas, los políticos, los pensadores y los artistas más amenazados, tomaban el camino del exilio. La noche se cernía sobre Alemania.

Así, con maniobras espectaculares y en el mayor desorden, se edificaba el estado nacional-socialista, construcción monstruosa, tan incoherente como las ideas de sus fundadores. El partido continuaba existiendo y el estado se integraba y se confundía con él. Cada servicio, cada puesto, se duplicaba o triplicaba, creando esa absoluta confusión de competencias que tanto agradaba a Hitler. Los nuevos amos dieron, en general, pruebas de incapacidad y brutalidad y prefirieron gozar de los privilegios de sus cargos antes que cumplir con sus responsabilidades.

La economía se organizó de acuerdo con las ideas corporativas de Darré para la agricultura y con las de Ley para la industria. En ningún caso los nazis atacaron al gran capital, a pesar de la propaganda social, ni eliminaron la lucha de clases ni la explotación de los trabajadores. Bajo la apariencia de una comunidad nacional y tomando el ejemplo del corporativismo italiano, no hicieron más que reforzar al sistema capitalista, del que formaban parte, directa o indirectamente. Y pudieron crear la gigantesca organización de diversiones obligatorias, "la fuerza mediante el placer".

Un puñado de leyes y reformas, casi siempre abandonadas apenas promulgadas y en todos los casos mal ejecutadas, no bastaban para poner fin a la miseria.

Pero el régimen policial impedía las protestas y los desórdenes y, para resolver el problema de la desocupación, Schacht supo encontrar los medios financieros e Hitler halló un técnico competente, Fritz Todt, que lanzó un amplio programa de construcciones viales. El rearme absorbería en seguida lo que restaba de mano de obra disponible.

Estado totalitario y unificado, el Tercer Reich pretendía realizar la verdadera comunidad nacional alemana. Para poder hacerlo el Führer recibió el derecho a solicitar, a través de plebiscitos, la adhesión del pueblo a su política. Pero esta comunidad debía asentarse sobre bases raciales, según las teorías que Hitler y Rosenberg habían absorbido de los racistas europeos del siglo XIX. Después de la exclusión de los judíos de la vida administrativa, pública y luego de la nacional, vinieron las leyes sobre la esterilización de los incurables y de los enfermos mentales, a la espera de ajusticiarlos durante la guerra. El poder de esta nueva élite se basaba solamente en el terror. Las SS de Himmler se volvieron cada vez más importantes; la policía secreta del partido —la SD— tuvo preferencia sobre la del estado. Se abrieron los primeros campos de concentración para los adversarios del régimen y las razas inferiores y su vigilancia fue confiada a la SS con el distintivo de la calavera sobre el gorro, y no a los organismos administrativos o judiciales. Se iba consolidando así, lentamente, en el curso del año 1933, la dictadura más cínica y brutal que jamás banda de gansters alguna haya hecho pesar sobre una sociedad humana.

Durante todo el año, las SA, que contaban entonces con 2 millones de hombres, no se habían quedado atrás en lo relativo a crímenes y torturas, llegando hasta a indisponer a algunos dirigentes nazis. Las protestas llegaban de todas partes. Esto, por cierto, no preocupaba a Hitler desde el punto de vista moral. Sin embargo, recién había abandonado la Sociedad de las Naciones y estaba preparando el rearme del país; era, por lo tanto, un momento delicado en el que se necesitaba orden en el interior y una apariencia de moderación en el extranjero. Por otro lado, el viejo presidente Hindenburg declinaba rápidamente y muy pronto se plantearía el problema de su sucesión. Los medios reaccionarios, reagrupados en torno a von Papen, comenzaban a despertar y maniobraban con la esperanza de restablecer la monarquía; tenían sus puntos de apoyo en el ejército y en la industria. Una vez más, el nerviosismo crecía en el partido y en el país y por todas partes se escuchaba hablar de complots. Complots de las SA agrupadas en torno a Rhöm, que reclamaba la revolución permanente y total, es decir, el estado a su total disposición y, sobre todo, la absorción de la aristocrática Reichwehr en su seno; complot también de los conspiradores vitalicios como Schleicher o los monárquicos. ¿Quién vencería? La posición de Hitler era delicada y se le presentaba doloroso el dilema de escoger. Entonces, según su costumbre, trató de retardar cuanto fuera posible el momento de la decisión. Pero el ejército le exigía que mantuviese el orden y pusiese fin a la amenaza plebeya de la SA.

Nunca se llegará a saber exactamente cómo se desenvolvieron las febriles semanas que precedieron a la noche de los cuchillos largos. ¿Fue tal vez en los primeros días de abril de 1934, mientras inspeccionaba las manioras navales a bordo del acorazado "Deutschland", cuando Hitler sacrificó al general Rhöm y su revolución a cambio de



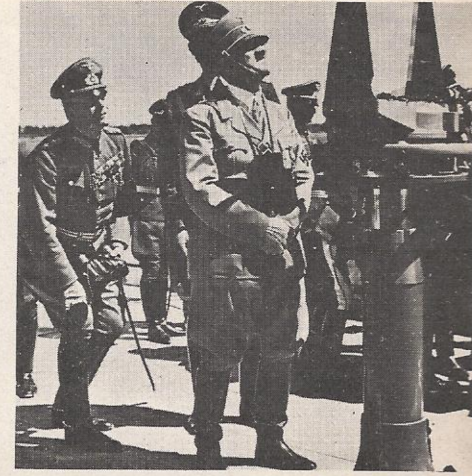
1



2



3



4



5

1. *La puerta de Brandeburgo en Berlín.*

2. *Hitler, poco tiempo después de ser nombrado Canciller, asiste a las maniobras del ejército.*

3. *El comando supremo de la* Wehrmacht.

4. *Hitler en las maniobras de la* Luftwaffe.

5. *Blomberg, Raeder e Hitler durante la botadura del acorazado "Köln"*

1. Hitler recibe la noticia de la caída de París.
2. El Führer en París.

3. Prisioneros alemanes capturados en Stalingrado.

4. Soldados de la Wehrmacht marcando hacia las primeras líneas.

5. Hitler condecora a un soldado de quince años enrolado para la extrema defensa de Berlín.


1


2


2


4


5

la sucesión de Hindenburg? ¿Tenía quizá la certeza de un complot, de algún acuerdo entre las SA y hombres como Schleicher? ¿Preparaba Rhöm algo, realmente? A todas estas preguntas sin respuesta siguió bruscamente el golpe de fuerza. El 29 de junio de 1934, después de semanas de dudas, Hitler dio a las SS y a la Gestapo la orden de golpear. La noche siguiente, que vio a las fieras matarse recíprocamente, fue una noche de sangre de un extremo al otro del Reich. Röhm fue abatido en Baviera. Schleicher y su mujer, junto a otro general, en Berlín; Gregor Strasser fue liquidado junto a otros que sabían demasiado. El huracán rozó a von Papen, cuyo secretario fue asesinado. Durante toda la noche, en la prisión de Lichterfelde, los pelotones de la SS fusilaron hombres que morían gritando "Heil Hitler". Murieron también inocentes, se liquidaron viejos rencores. Más del mil muertos y 1.200 arrestados sin juicio, fueron la demostración de que el derecho era la voluntad del Führer.

El ejército, a pesar de sus dos víctimas, cubrió todo y permaneció fiel. Desde ese momento las SS se independizaron de la SA cuya importancia disminuyó. El orden había triunfado sobre la anarquía o, más bien, el nihilismo reaccionario sobre la revolución de la mala vida. En los primeros días de agosto, el viejo presidente Hindenburg moría e Hitler lo sucedía en calidad de Führer y canciller del Reich alemán. El mismo día el ejército prestaba un juramente personal y un plebiscito aprobaba con 38,6 millones por la afirmativa contra 4,2 por la negativa, que Alemania era Hitler e Hitler era Alemania. El triunfo de los nazis en el interior fue total. Spengler escribía entonces: "... Hitler posee todos los defectos del hombre de partido sin ninguna de las virtudes del hombre de estado. Todo en él es impulsivo, nada es creador".

Hitler y la guerra

Todos los gobiernos de la República habían aceptado la primacía de la política exterior. ¿El destino del pueblo no dependía acaso de la liberación de las cadenas del tratado de Versalles? Pronto, Hitler se cansó de las cuestiones internas y dejó gobernar a sus hombres de confianza, reservándose celosamente la política exterior. Advertía que éste era el campo en el que su instinto de poder se desenvolvería mejor. Nacionalista ardiente, como lo son a menudo los originarios de las provincias limítrofes, convirtió la abolición de los tratados de paz en la reivindicación esencial del programa diplomático contenido en *Mi lucha*. Sobre este punto, entre él y sus predecesores, existían diferencias con respecto a los medios pero no en cuanto a los fines. Hitler quería obtener por la fuerza la misma liberación que Stresemann había perseguido obstinadamente a través de la negociación y la adhesión de Alemania al campo aliado. Este dinamismo brutal correspondía a su carácter; le permitía, mediante el rearme, sacar a su país de la crisis económica, excitaba el nacionalismo de un pueblo que no se había resignado nunca a la derrota y fortalecía al régimen con el sostén de las masas populares. Desembarazado de los enemigos internos —judíos y republicanos— y cumpliendo así con lo que consideraba la condición preliminar para una política de revancha, el Führer, desde su llegada al poder, se aboca a realizar su sueño de poder que debía asegurar a Alemania, en el seno de un nuevo orden europeo, la hegemonía que corresponde a la raza de los dominadores.

Anular el tratado de Versalles significaba, antes que nada, hallar los instrumentos militares necesarios para una política de grandes iniciativas. Ya en *Mi lucha*, reivindicaba: "Queremos recuperar las armas". Además, se trataba de restituir al Reich sus límites históricos. No los de la época del Kaiser, sino las fronteras del espíritu y de la lengua que realizaría la Gran Alemania. Con una sola excepción, el Alto Adigio, que el Führer sacrificaba a la alianza italiana. El resto le bastaba. Retomando una idea grata a los pangermanistas, quería dar a su pueblo en plena expansión, un espacio vital en el cual desarrollar sus propias fuerzas. Rechazando la colonización interna, poco enaltecedora, y las experiencias allende los mares, que intentadas ya bajo Guillermo II concluyeron en un desastroso choque con Gran Bretaña, el Fürher vuelve los ojos hacia el este, donde reina la "barbarie" bolchevique. Resucita la vieja tradición de la lucha contra los eslavos y el mito de la superioridad germánica. Deteniendo la expansión natural de los germanos hacia el sur y el oeste, se vuelve hacia el este, zona que considera madura para ser embestida. Una vez vencida la URSS, resolviendo así, con el mismo golpe, el problema del comunismo internacional, organizaría a Europa sobre bases raciales, redistribuyendo tierras, eliminando los factores de descomposición y ofreciendo a las razas no completamente indignas, colaborar forzadamente en favor de la grandeza de Alemania. En una palabra, unificaría el continente en torno a la nación alemana y al fascismo.

Entonces, llegaría el momento del gran acuerdo con el único pueblo del mundo que era digno de compartir los delirios del Führer: Inglaterra, por la cual profesará durante toda su vida un amor respetuoso y altivo. Pero las ambiciones de Hitler, fundamento de la geo-política nazi, no tenían límites. Reducir a la esclavitud a la tierra entera era, cabalmente, el programa que él había resumido un día cuando dijo que trataba de quitarle la conciencia a los hombres. Europa, hechizada, se abandonó durante largo tiempo a esta voluntad demoníaca. Los pueblos oprimidos por la guerra y por la crisis económica estaban a merced del pacifismo idealista. Hitler supo hablar este lenguaje con fuerza y convicción. Ciertas reivindicaciones alemanas con respecto al tratado de Versalles parecían fundadas y conformes a las tesis idealistas de occidente. ¿Era posible que una Francia desangrada y una Inglaterra postrada económicamente mantuvieran subyugada a una gran nación de sesenta millones de habitantes?; y esto, ¿mientras los Estados Unidos se desinteresaban políticamente de continente, la *entente cordiale* se debilitaba y las estructuras nacionales de la burguesía y las relaciones internacionales continuaban alteradas? Es cierto que el miedo al bolchevisquismo paralizó durante largo tiempo a los gobiernos democráticos, demasiado contentos de encontrar un hombre que intentaba levantar una barrera contra la URSS y que tenía el coraje de tratar a sus comunistas como ellos hubieran querido poder hacerlo. Que todo esto se acompañase de ciertos excesos era, por cierto, lamentable, pero con el ejemplo de la derecha alemana, esperaban calmar poco a poco a los nazis.

Sin embargo, sería erróneo creer qu los primeros pasos del nuevo régimen fueron seguidos por Europa con amistad y respeto. Hitler, consciente de estos temores, se preocupó, aun antes de llegar al poder, de adormecer la opinión pública, tranquilizándola. Era necesario, a toda costa, que transcurrieran en calma los años más delicados del rearme. La posición del Reich era débil, pero él sabría explotar esa debilidad, adivinando con mucha anticipación las reacciones del adversario. Su lucha por el poder le había enseñado lo que puede lograr el cinismo mezclado con sonrisas. Poseía un programa, sabía lo que quería. Sus adversarios defendían posiciones adquiridas y trataban simplemente, de mantener la paz a cualquier precio y bien pronto se pondría en evidencia lo contradictorio de esta posición.

Robustecido por el Concordato, firmado en julio de 1933, luego de laboriosas negociaciones, Hitler emprende una vasta campaña de paz y de seducción en la que explota hábilmente la posición del Reich desarmado, víctima de los tratados y de la injusticia de los hombres. Advierte en seguida el eco que encuentra esta hábil propaganda en los ambiente anglo-sajones, especialmente en los sectores económicos, mezclada como está a los reclamos de los horrores de la guerra. París, desafortunadamente, no cae aún en la trampa. Con un golpe de escena, táctica que se convertirá en familiar, Hitler cambia entonces bruscamente el tono y, en octubre de 1934, Alemania abandona la conferencia para el desarme y la Sociedad de las Naciones. Es el primer lanzamiento de dados. Y vence, porque las democracias occidentales, tranquilizadas por sus declaraciones pacíficas pronunciadas inmediatamente después, buscan un compromiso, y la opinión pública alemana le agradece haber logrado el estallido del absceso de rencor que había nacido en 1919. El plebiscito que sigue a las elecciones del

Reichstag, con lista única, refuerzan considerablemente el régimen.

El año siguiente fue más difícil. La corriente de abandono que arrasaba a Europa, parece detenerse un poco bajo el impulso de una momentánea revivificación nacionalista francesa. Es cierto también, que Alemania continúa seduciendo a los aliados con ofertas de desarme, mientras construye febrilmente la Wehrmacht y firma con Polonia un tratado de no agresión que tranquiliza a sus vecinos orientales. Pero el encuentro de Venecia entre Mussolini e Hitler no significa, evidentemente, un triunfo para este último, que con su impermeable y su aire burgués, hace un papel deslucido ante los uniformes rutilantes y a la facundia cesarista del Duce. Por el momento las cosas permanecen firmes en este punto. Pocas semanas después, algunos secuaces demasiado diligentes, tratan de derribar al régimen de Dollfus en Austria. El *putsch* fracasa a pesar de la muerte del canciller, en parte gracias a Mussolini que toma bajo su protección a la pequeña república autoritaria. El Führer sabe sustraerse hábilmente a sus responsabilidades, dejando caer a los conspiradores, que mueren aclamándolo, y manda a Viena a von Papen para preparar con mayor destreza el *Anschluss* (anexión). Hasta que el rearme no esté más avanzado no puede ir más allá, tanto más cuanto que la URSS firma con Francia, al comienzo del año siguiente, un pacto de alianza peligroso para Alemania. Pero algunos meses antes, el artífice de la resistencia a Hitler, el ministro del Exterior francés, Louis Barthou, muere asesinado en Marsella.

Los sucesos que siguieron ilustran desde entonces aquello que el Führer dijo una vez a Strasser: "En Europa no existe solidaridad, sino solamente sumisión". Como si se hubieran paralizado, las democracias occidentales permitieron que el Reich triunfara en el plebiscito del Sarre, que se rearmara abiertamente, que reocupara militarmente la Renania. Los tratados de Versalles y de Locarno murieron sin que se levantase otra oposición que las inútiles protestas verbales. Lo cierto es que el Führer sabe dosificar con exactitud sus efectos, alternando ofertas de paz con decisiones violentas. ¿Creía poder lograr su objetivo sin guerra, paralizando verbalmente al enemigo? Probablemente pensara que éste fuera un camino a probar, pero desde el año 1935, da órdenes a la economía alemana de prepararse para la guerra.

La reocupación de Renania, una locura a los ojos de sus generales, le había demostrado la cobardía de Occidente. Apoyado por la amistad de Mussolini, se sentía capaz de intentar cualquier cosa.

Los acontecimientos se sucedieron rápida y espectacularmente. Los juegos olímpicos del verano de 1936 permitieron al mundo descubrir una nueva Alemania, en la plenitud de su juventud económica y moral. Más que nunca, en ese momento, Hitler intensifica su propaganda pacifista y proclama su horror ante la guerra. Pero el eje Roma-Berlín se refuerza día a día y la potencia del ejército y de la industria de guerra continúa creciendo... El nuevo *premier* británico, Sir Neville Chamberlain, se propone entonces encontrar con el Reich un terreno de entendimiento definitivo. Pero el Führer no parece creer más en la paz ni en su táctica. Ha sido lograda una primera etapa, la de la emancipación de Versalles. Para la segunda, la dominación de Europa y la alianza con Gran Bretaña, aislada por mar, Hitler no se hace muchas ilusiones. Será la guerra. Puesto que la debe hacer, quiere fijar él mismo el momento y los medios. ¿El momento? Antes de 1943-45, porque el rearme alemán habrá ya alcanzado su punto culminante y los materiales bélicos se volverán anticuados. ¿Los medios? Es necesario, antes que nada, eliminar a Austria y a Checoslovaquia, ya moralmente abandonadas por las democracias, antes de atacar al oeste. Éste es el contenido del discurso que pronuncia el 5 de noviembre de 1937 ante los cuatro comandantes de las fuerzas armadas y el ministro del Exterior, en el que confirma y acelera la política precedente. Por otra parte, el Führer se reserva, evidentemente, el derecho de modificar su programa.

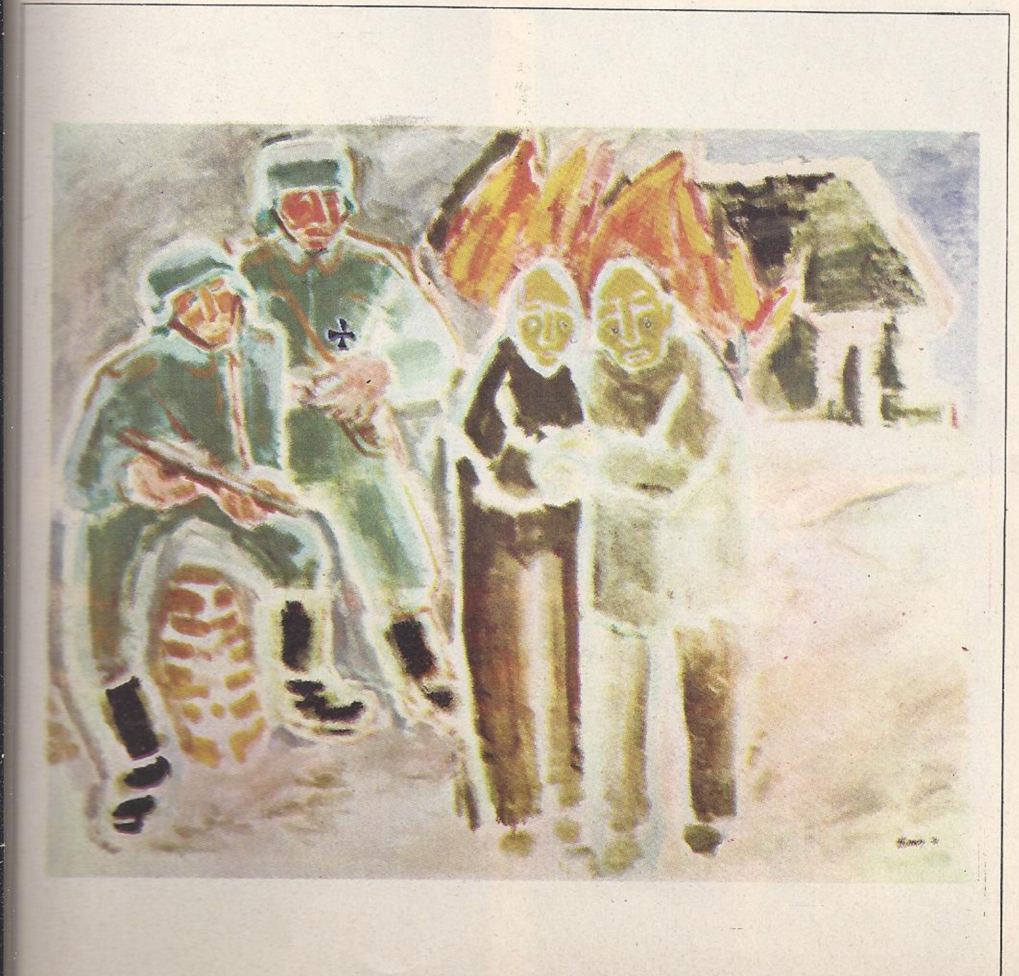
Esta aceleración es capaz de desorientar incluso a las cabezas más sólidas. Hitler procede entonces a sustituir a una serie de personas, para lograr el instrumento ciego y maleable que le permitirá triunfar. Schacht, sintiendo que se avecinaba la catástrofe, se alejó. Von Ribbentrop se hace cargo del ministerio del Exterior con el fin de nazificar la carrera diplomática y el ejército es controlado. La lucha es dura porque la casta militar es sólida y por mucho tiempo ha considerado al jefe nazi como un simple instrumento. Para desplazar al ministro de Guerra, Blomberg, que era sin embargo un nazi convencido, y al comandante en jefe del ejército, von Fritsch, se recurre a una escandalosa maniobra. El cuerpo de oficiales no reacciona, como no había reaccionado en 1934, porque está ligado a la superstición del juramento y dominado por el instinto de la obediencia. En febrero de 1938, el Führer asume personalmente el comando de las fuerzas armadas en el último consejo de gabinete del Tercer Reich. 1938, el año de los triunfos más grandes, fue también el año del error de cálculo. El *Anschluss* concluyó como se había previsto y Austria fue incorporada sin lucha a la Gran Alemania. Los occidentales se resignaron. La crisis de los Sudetes y la conferencia de Munich, los tomó en una posición aún más comprometida, presos en la trampa de su propia concepción del derecho de los pueblos a su autodeterminación. Checoslovaquia fue sacrificada a la paz, como ya había sido abandonada la República Española a la agresión fascista. Pero poco a poco, la opinión occidental, sin tener el coraje de confesárselo abiertamente, se resignaba a la guerra. Los ambientes económicos, la burguesía, al menos en parte, se acercaron a la firme posición de la izquierda. Las industrias interesadas en el rearme se lanzaron en la misma dirección y los gobiernos democráticos, demasiado tarde, trataron de recuperar el retardo acumulado en la carrera armamentista. La conquista de la última línea de Checoslovaquia en la primavera de 1939 no constituyó un viraje en la política nazi, que de nacionalista se volvía ahora hegemónica conquistando una población no alemana. La máscara había caído simplemente y aun aquellos occidentales que no querían ver, tuvieron que creerlo. Pero para los más lúcidos y los más valientes, la lección era ya superflua.

La próxima víctima será Polonia. ¿Creía verdaderamente el Führer, que también ella estaba abandonada como los dos países anteriores? El 22 de agosto, en la Obersalzberg, ratificará a sus generales su fe en el propio genio, su convicción de que se lograría una victoria casi instantánea y su certeza de que las democracias lo dejarían hacer. Al alba del 1º de setiembre comienzan las hostilidades contra Polonia. Pero dos días más tarde es un Hitler silencioso, casi embarazado, el que escucha leer al intérprete Schdmit la declaración de guerra de Gran Bretaña, después de la de Francia. La última mano de dados ha sido lanzada y él perderá. Le queda la fuerza, que le permitirá los grandes triunfos y las grandes destrucciones. Polonia, Dinamarca, Noruega, Bélgica, Holanda, Francia y los países balcánicos sucumbirán. Pero Gran Bretaña no responde ni se pliega bajo los golpes de los bombardeos de Goering. Entonces, porque por primera vez alguien lo contuvo y porque se trataba de Inglaterra, Hitler no insistió. Probablemente, no había creído nunca en el fondo, en la guerra contra Inglaterra y prefirió, urgido por las necesidades de la lucha, por su falta de mesura y por sus preferencias íntimas, atacar a la URSS. Error fatal, porque abría un segundo frente, agravado en seguida con la entrada de los Estados Unidos. Tres grandes naciones se aliaron así para defender ciertos valores comunes y su libertad. Y no depondrán las armas hasta la victoria final.

Hitler condujo personalmente esta guerra, de la que fue responsable por haberla preparado, si bien entonces no era más que una carta entre otras, y la marcó con su impronta: audacia, brutalidad fanática, arriesgados juegos de azar, orgullo insensato y desprecio de la realidad. Disponiendo de un estado mayor personal, la OKW, que tomó bajo su dirección la conducción de las operaciones (exceptuando el este), el Führer, por haber combatido en una guerra de posiciones —en 1914-18— supo comprender la realidad de la guerra relámpago, con tanques y aeroplanos, puesta a punto por los sucesores de von Seeckt. Además supo combatir en sus oficiales los defectos del









La guerra en el frente ruso en las imágenes de la propaganda alemana y en un cuadro de Alexandr Hinkis.



1 2 3

6 7 8

11 12 13

16 17 18

1-18. El rostro del Führer.

19. Hitler y Eva Braun.

20. Eva Braun con sus hermanas Inge y Herta.



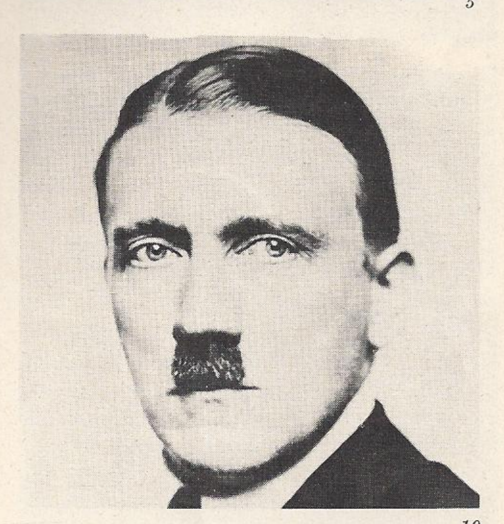
4



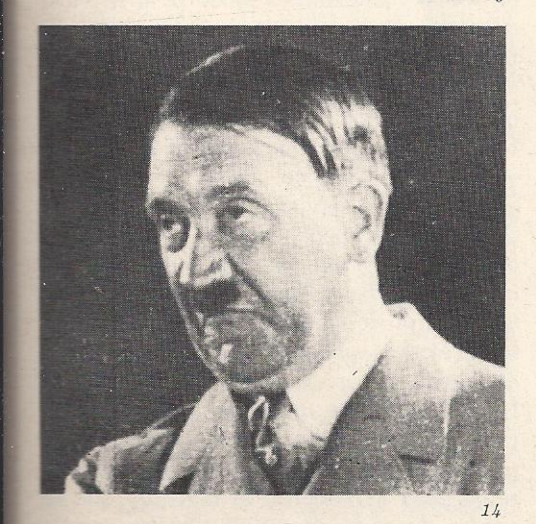
5



9



10



14



15



19



20

oficio y de formación e imponer puntos de vista originales y hombres nuevos, más aptos para las nuevas técnicas. Y lo que decimos, vale para las campañas de Noruega y Francia. Fiel al juramento pronunciado al Reichstag el día de la iniciación de las hostilidades, Hitler vivió toda la guerra en medio de su ejército. Él es también, por lo tanto, responsable de los errores y de las derrotas. La inmensidad de las llanuras rusas fue fatal para su intuición estratégica. A la falta de lucidez y de oficio se sumaron el orgullo y los prejuicios. Sin embargo, tomó nota de las faltas y supo insuflar nuevo coraje, con rudeza; como lo hizo en la crisis del invierno en Rusia en 1941-42, golpeando sin piedad a los máximos cuadros de su ejército, logró impedir un desastre inmediato.

Maestro en la guerra psicológica, audaz, ávido lector de los grandes estrategas, poseía indudables cualidades militares, disminuidas por sus ideas fijas, por un excesivo interés en los detalles y por una confianza desmedida en su propio juicio y en su propia experiencia como soldado. Estos defectos, propios de un comandante improvisado, hubieran podido ser corregidos con una colaboración asidua de sus generales, más expertos y prudentes. Pero el odio del Führer hacia la casta aristocrática no se desvaneció jamás. Encontraba un verdadero placer en tratar como lacayos a sus más altos oficiales y en imponerles la promiscuidad de la colaboración con los oficiales plebeyos. Cuanto más aumentaban los éxitos, más crecía este odio y la seguridad en sí mismo. Pero aumentaron también sus ideas irracionales y sus obsesiones que le hacían olvidar la realidad.

Su desconfianza hacia sus generales no era totalmente injustificada. La oposición al régimen, fuera de las izquierdas, había encontrado cierto lugar en el ejército, el único organismo que no había sido completamente contaminado y despedazado por el nazismo. Su principios morales permanecían vivos; pero la ética del honor era demasiado vaga y los prejuicios demasiado fuertes como para esperar que surgiese entre los militares una voluntad decisiva. Además del atentado individual, intentado ya varias veces, ¿qué otra cosa le quedaba a esta vieja casta, sino la revuelta del honor? Sin embargo, el complot del 20 de junio fue preparado con cuidado, con el fin de detener el curso de la derrota. A pesar del respeto debido a los héroes que murieron aquel día y después, entre atroces sufrimientos, no se puede dejar de pensar que la conjura llegó demasiado tarde y en nombre de valores reaccionarios muy discutibles. Por otra parte, después de esta derrota, los oficiales perdieron toda esperanza de escapar a su destino y de liberar a la nación o a su casta del reino del terror de la SS. El ejército debía expiar con la aniquilación total su ceguera y su indulgencia culpable. Desde 1941 la salud del Führer comenzó a resentirse por el trabajo frenético y desordenado que se imponía. Cabellos grises, vértigos, fobia a la nieve, eran las consecuencias de largos meses sin sol ni reposo, pasados bajo los sombríos abetos de los bosques de Prusia oriental y de Ucrania que escondían su cuartel general. Además, el atentado del 20 de junio le lesionó los tímpanos y su brazo izquierdo, desde entonces se agitaba en un temblor continuo. Durante las largas noches de insomnio, frente a algunos oficiales o agotados secretarios, Hitler pronunciaba aquellos interminables monólogos de sonámbulo, monumentos de imbecilidad y de cinismo que nos revelan plenamente su fuerza y sus debilidades.

La guerra, breve y brutal, no permitió edificar la totalidad del imperio germánico europeo. Pero se sentaron las bases del monstruoso edificio. Explotación sin freno de los países sometidos, trabajo obligatorio y saqueo, masacre de los judíos, de los zíngaros, de todos los opositores en los campos de exterminio. Todo lo más perverso que el espíritu humano pueda imaginar fue realizado por un ejército de funcionarios concienzudos y limitados. ¿Se puede atribuir la responsabilidad a Hitler? Aunque no hubiera estado al corriente de todos los horrores de los campos de concentración —ya que la dirección de la guerra absorbía todo su tiempo— es decididamente el responsable principal por haber trazado las grandes líneas del sistema y haber llamado al poder a determinadas personas.

Así concibieron los nuevos señores, la instauración del orden europeo. Con pedante minuciosidad se aplicaron a realizarlo y sin duda, nunca como entonces estuvo nuestra civilización tan cerca de su fin. Pero después de la derrota de Stalingrado, la fortuna se invirtió. Las nuevas armas, cohetes y aeroplanos a reacción, despreciadas durante mucho tiempo por Hitler, poco podían retardar el final. Es verdad que si los nazis, en vez de interesarse por experimentos alocados, hubiesen terminado las investigaciones sobre la bomba atómica, el Führer no hubiese vacilado en utilizarla aun a costa de llevarse consigo el universo entero.

Por otra parte, esta visión de apocalipsis lo obsesionó cuando, en los primeros días de abril de 1945, el cerco de fuego se cerró en torno a Berlín. En el *bunker* de la cancillería, negándose a creer en la derrota, traicionado por todos, excepto por Goebbels, Hitler continuó maniobrando con las manos húmedas y con la cabeza inflamada, ejércitos inexistentes. Encorvado, tembloroso, no era más que una larva humana, pero había conservado intactas sus virtudes proféticas. En una última visión describía a Rusia y a los Estados Unidos enfrentándose militar, económica e ideológicamente después de la guerra y buscando el apoyo de la "única nación que queda en el mundo, el pueblo alemán".

Pero cuando los rusos estuvieron a sólo cien metros de la cancillería, el sueño se desvaneció. Después de haberse casado con su amante, Eva Braun, y redactado su última voluntad, Hitler se suicidó con ella, el 30 de abril de 1945 a la edad de 56 años. Sus cadáveres quemados desaparecieron quizás en el caos del bombardeo soviético. Una semana después, el Tercer Reich capitulaba. Más de 30 millones de muertos quedaban como testimonio de la locura sanguinaria de Adolfo Hitler.

Conclusiones

Las generaciones futuras querrán comprender la increíble aventura de Hitler. Pero la explicación es difícil porque el análisis debe desenvolverse sobre niveles muy diferentes. Tenemos en primer lugar, el carácter del hombre: paranoico, con una personalidad profundamente contradictoria y compleja, que sólo parece encontrar una coherencia interior en la voluntad de poder. Algunos han querido ver en el trastrocamiento de los valores, con el cinismo y la insensibilidad consecuentes, la expresión de una moral esotérica o de una nueva cosmología, privilegio de unos pocos iniciados. La verdad es tal vez más simple: desclasado, lobo entre los lobos, supo aprovechar hábilmente los escrúpulos y las contradicciones de sus adversarios. Más que un fanático o un iluminado, Hitler es un ser racional, calculador y comediante. Esta constante mezcla de cinismo y fraseología idealista, de valores irracionales puestos al servicio de cálculos oportunistas, de intuiciones casi femeninas, oscurecida por tabúes, prejuicios e ignorancia, explica quizá la fascinación que el hombre ejerció sobre sus contemporáneos. ¿Pero hacia dónde tiende esta voluntad de poderío, desde el momento que no está al servicio de una ideología ni de una satisfacción personal? La feroz avidez de este arribista trasunta el egoísmo más monstruoso. Pero Hitler es más que nada un mito, el del Führer infalible y omnipotente. Nosotros sabemos lo que vale en realidad esta imagen. Su existencia se debe al hábil empleo de todos los resortes de la propaganda hablada, escrita, grabada, fotografiada, filmada. Pero el hombre se identificó poco a poco con el mito del que se servía. A partir de 1938, la lucidez lo abandona; ya no puede escapar a la megalomanía. Se instaura la confusión entre el frío análisis de la realidad que le permite gobernar y la figura del jefe con la cual gobierna. La satisfacción de la sed de poderío hace surgir en él una necesidad de dominio aún más grande y, lentamente, el equilibrio quizás excepcional de estas facultades contradictorias se despedaza. Entre el fantoche de carne y el mito de acero, hay sólo relaciones fugaces a partir de 1943. Y es ese el momento en que el Führer deja de mostrarse a su pueblo.

El antisemitismo fue la obsesión dominante de su vida. ¿Provenía de sus ansias de poder o del temor a ser asimilado al pueblo

judío, como quizá le sucedió en Viena? Estas dos explicaciones que no se contradicen, no son tampoco suficientes. Si él no había concebido desde el comienzo aquella "solución final" que Eichman fue encargado de realizar, la guerra, multiplicando sus sueños de grandeza y las más absurdas posibilidades, lo conducirá a concebir y ejecutar el genocidio. Y también en este caso, la locura vencerá sobre la lucidez, porque para conducir a los judíos al exterminio se emplearán camiones y bencina que eran desesperadamente necesarios en el frente ruso.

Pero Hitler no es todo el nazismo. Junto a él, está el pueblo alemán y se nos plantea el problema de su cupabilidad. El nazismo, ¿es sólo una consecuencia de la crisis de posguerra o tiene sus raíces en toda o en parte de la historia alemana? Si seguimos la primera hipótesis deberemos preguntarnos por qué la crisis no generó otros regímenes nazistas y por qué el fascismo italiano, que también fue una dictadura demagógica e irracional en una sociedad racionalmente organizada, no dio los mismos resultados.

Estamos obligados a reconocer, en el curso de la historia alemana, desequilibrios y fracturas internas que ya dejan entrever la catástrofe, como lo ha demostrado brillantemente Alexander Abusch en su obra *Der Irrweg einer Nation* (El camino equivocado de una nación). Al comienzo del siglo xx, la Alemania del Kaiser da, en efecto, esa impresión de delirio de poder, es decir, la impresión de una nación en la que el desarrollo político y ético no ha estado a la par de un prodigioso desarrollo técnico.

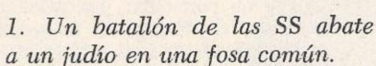
Los alemanes pueden aducir el impacto de la derrota y el abatimiento provocado por la crisis. Pero estos hechos por sí solos no hubieran sido suficientes para hacer triunfar al nazismo. Es verosímil entonces que, bajo cierto aspecto, el nazismo no sea un producto de exportación. Esta culpabilidad tampoco puede limitarse a los grupos y hombres cuya responsabilidad directa es bien conocida. Todo el pueblo alemán y en particular las masas pequeño-burguesas con su pasividad y su falta de estabilidad política, fueron las presas elegidas por la demagogia nacional-socialista. En este sentido, el triunfo de Hitler hace resaltar todas las deficiencias de la democracia y de los demócratas de Weimar. Vino después la complicidad extranjera, los ambientes financieros anglo-sajones, la alta burguesía francesa inquieta bajo el frente popular —hubiese preferido a Hitler antes que a Blum—, Stalin que sacrificaba Alemania y la revolución para consolidar su poderío en la URSS. Gran parte de Alemania conocía todas las atrocidades nazis. Si calló, como por ejemplo ante la cuestión judía, ¿no fue quizás porque su historia y su elección, en el fondo, se inclinaban en el mismo sentido? No obstante, la opinión pública pudo detener el exterminio de los enfermos mentales











1. Un batallón de las SS abate a un judío en una fosa común.

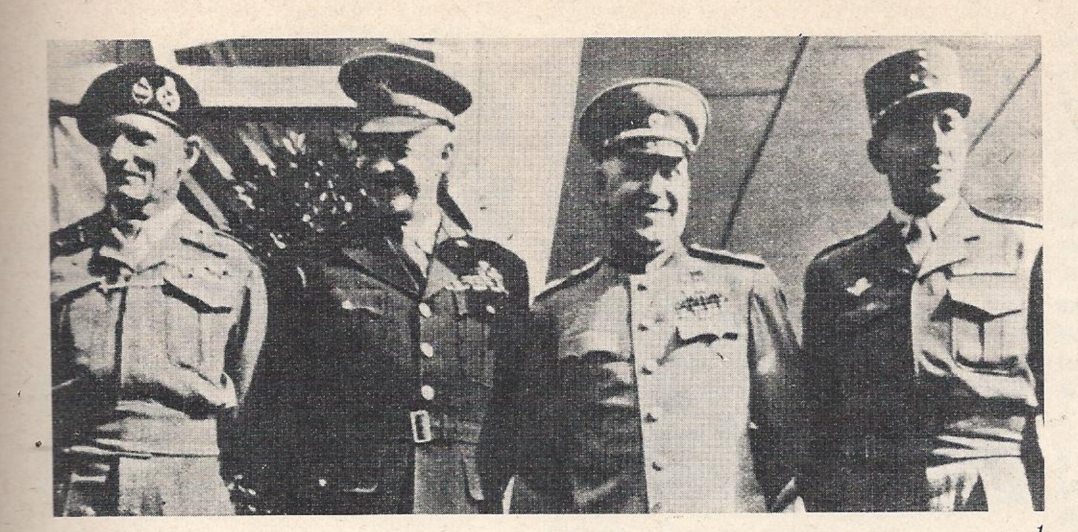
2. Un prisionero de un campo de concentración, apenas liberado por los norteamericanos.

3. El coronel Klaus von Stauffenberg, autor del atentado contra Hitler el 20 de julio de 1944.

4. Hitler muestra a Mussolini los restos de la barraca destrozada por la bomba que explotó el 20 de julio de 1944 en el cuartel general.

5. La firma de la rendición incondicional de Alemania el 7 de mayo de 1945 en Reims.





1. *Los Aliados, vencedores del nazismo: Montgomery, Eisenhower, Zukov y de Lattre.*

durante la guerra; pero también es verdad que aquellos enfermos eran arios . . .

Hitler no aparece sólo como el mago de los sentimientos populares, ni como el títere de grupos cultos. Para que triunfase fue necesario el encuentro de determinados elementos: por una parte, una personalidad vulgar pero dotada, que supo explotar el momento, y por otra, una situación social e histórica propia de Alemania, una sociedad burguesa en crisis y una civilización profundamente dividida.

La experiencia nazi, aun en sus excesos, realiza en el corazón de Europa una tentación fáutica; por lo tanto plantea, no sólo un interrogante siempre actual sobre nuestros valores políticos y económicos, sino que obliga a un reexamen inquietante sobre el sentido de nuestra civilización.

Bibliografía

La personalidad de Hitler se puede aprehender en primer lugar en sus obras:

Mi Lucha, de la que existen varias traducciones en español, entre otras, las de las editoriales Diana y Latino Americana, ambas de México; puede verse también M. J. Beboist-Mechin, *Eclaircissements sur Mein Kampf*, Paris, Albin Michel, 1940. *Conversaciones sobre la guerra y la paz* (2 t.), Barcelona, Caralt. *El testamento político de Hitler*, notas reunidas por Martín Bormann, México, Diana. Entre las muchas recopilaciones de los discursos de Hitler, puede verse en particular, las ediciones a cargo de Boepple, de Prange y la edición inglesa: *The Speeches of A. Hitler 1922-1939*, a cargo de N. Baynes, Oxford University Press, 1942.

Entre las incontables obras, memorias, diarios, testimonios de contemporáneos, haremos referencia en particular a la de los alemanes: Papen, Goebbels, Otto Strasser, Schacht, Meissner, Röhm, Dönitz, Rauschning, Schmidt. Pueden consultarse también las *Memorias* del mariscal Rommel (2 t.), México, Latino Americana.

Es imposible dar aquí un resumen de la inconclusa bibliografía sobre Hitler y el nazismo. Nos limitaremos a citar algunas de las obras en español a las que el lector puede recurrir para ampliar su información: R. Newman y H. Koppel, *Hitler: Cenit y ocaso del Tercer Reich*, México, Ed. Herrero. H. R. Trevor Raper, *Los últimos días de Hitler*, Barcelona, Plaza y Janés. W. Goerlitz y H. A. Quint, *Adolf Hitler*, Barcelona, Caralt. P. y R. Gosset, *Hitler*, Madrid, Cid, 1965. A. Bullock, *Hitler*, Barcelona, Grijalbo 1966. H. B. Gisevius, *A. Hitler*, Barcelona, Plaza y Janés, 1966. H. Ludwig, *Las últimas horas de Hitler*, Barcelona, Mateu, 1965. Konrad Heiden, *Destino de Europa*, Buenos Aires, Claridad. W. L. Shirer, *Auge y caída del III Reich*, Barcelona, Caralt.

Documentos:

Aparte de los archivos y los periódicos, véase la recopilación en 42 volúmenes, hecha en Nuremberg, en francés, pero con los textos citados en la lengua original: *Procès des grands criminels de guerre devant le Tribunal Militaire International, Nuremberg, 14 Novembre 1945 - 1º Octobre 1946.*

El fascículo Nº 12 de

LOS HOMBRES de la historia

la Historia Universal a través de sus protagonistas

contiene la biografía completa e ilustrada de

Homero

En el pasaje de la democracia primitiva a la nueva realidad del Estado político. la mayor síntesis épica de un mundo desaparecido.



¡Un momento apasionante de la historia que usted debe conocer!



LOS HOMBRES de la historia

Cien biografías fundamentales.
La historia del mundo
a través de la historia
de sus protagonistas.
Historiadores y especialistas
han colaborado para ofrecer
la interpretación más moderna
e ilustrada de los hechos
que preocuparon y preocupan
al hombre.
Las más importantes conquistas
en el campo de la ciencia
- el marxismo, el psicoanálisis,
la relatividad, la gravitación
universal-;
en el campo del arte
- el simbolismo, el surrealismo,
el cubismo-;
en el campo de la acción...
Indispensable para quien no
quiera quedar al margen
del saber, para el estudiante,
para el profesor.

Conserve y coleccione los fascículos en perfecto estado. Periódicamente —y por una suma muy accesible— Ud. podrá canjearlos por magníficos tomos encuadernados.

La dirección se reserva el derecho de cambiar algunos de los títulos del presente plan.

Plan de la obra

1/ La civilización de los Orígenes
Homero, Buda, Confucio, Ramsés II, Moisés, Solón

2/ La edad de Grecia
Pericles, Alejandro, Eurípides, Arquímedes, Sócrates, Los Gracos, Ciro

3/ La civilización romana
Augusto, Constantino, Atila, Virgilio, Jesús, Marco Aurelio

4/ Cristianismo y Medioevo
Carlomagno, Mahoma, Marco Polo, Francisco de Asís, Tomás de Aquino, Dante, Abelardo

5/ Del Humanismo a la Contrarreforma
Leonardo de Vinci, Ignacio de Loyola, Carlos V, Cristóbal Colón, Maquiavelo, Galileo, Calvino

6/ Los estados nacionales
Felipe II, Richelieu, Descartes, Shakespeare, Cervantes, Rembrandt, Iván el Terrible

7/ El setecientos
Luis XIV, Bach, Voltaire, Newton, Pedro el Grande, Túpac Amaru, Cook

8/ La Revolución Francesa y el período napoleónico
Napoleón, Robespierre, Franklin, Talleyrand, Hegel, Beethoven, Goya

9/ El siglo XIX: La Restauración
Metternich, San Martín, Balzac, Bolívar, Saint Simon, Goethe, Delacroix, Marx, Artigas, Poe, Hidalgo, O'Higgins

10/ El siglo XIX: Las revoluciones nacionales
Lincoln, Nietzsche, Dostoievski, Wagner, Courbet, Pasteur, Darwin, Engels, Disraeli, Baudelaire, Juárez, Martí

11/ El siglo XIX: La Revolución Industrial
Freud, Van Gogh, Tolstoi, León XIII, Bismark, Ford

12/ El mundo contemporáneo
Churchill, Einstein, Lenin, Gandhi, Hitler, García Lorca, Pío XII, Picasso, Eisenstein, Mussolini, Stalin, Roosevelt, Chaplin, Mao-Tse-tung, Juan XXIII, "Che" Guevara

$ 140

Precio de venta

Publicación semanal

ARGENTINA: $ 120.-
BOLIVIA:
COLOMBIA: $ 7.-
COSTA RICA:
CUBA:
CHILE:
REP. DOMINICANA:
ECUADOR:
EL SALVADOR:
ESPAÑA:
GUATEMALA:
HONDURAS:
MEXICO:
NICARAGUA:
PANAMA:
PARAGUAY:
PERU:
PUERTO RICO:
URUGUAY: $ 90
VENEZUELA: Bs. 2.50